

Ralph Barby

32

PROFANACIÓN




escalofríos
de
TERROR
RI

Si desea suscribirse a nuestras publicaciones, envíenos sus datos personales escritos muy claramente.

Importe 6 números OESTE: 540 Pts.
Importe 6 números TERROR: 600 Pts.

Pagos anticipados con giro postal a nombre de Ediciones Olimpic S.L., Apartado Correos nº 9428, 08080 Barcelona. (No cobramos gastos de envío dentro del territorio nacional)

Colección que desea recibir: ______________________
Nombre: ______________________
Domicilio: ______________________
Población: ______________________
Provincia: ______________________ D.P. __________

(Si desea recibir números anteriores, hágalo constar).

RALPH BARBY

PROFANACIÓN

colección
Escalofríos TERROR nº 32



EDICIONES OLIMPIC S.L.
Apdº Correos nº 9428
08080 Barcelona

ISBN: 84-7750-084-3
Depósito Legal: M-4596-1989

1.ª edición: abril 89
1.ª edición en América: octubre 89

Imprime LITOPRINT-GIESA

Distribuye M.I.D.E.S.A.

CAPÍTULO PRIMERO

El quejido resultó prolongado.

Dionisio, el sepulturero, se quedó encogido, incapaz de estirar su cuerpo y dejarlo recto aunque fuera echado sobre la pequeña cama.

—Te haces viejo, Dionisio —rezongó el joven alto y barbudo que daba buena cuenta de medio pollo, rudimentariamente asado en la cocina de la vieja casa.

—Cuando me coge este maldito lumbago, me quedo torcido durante quince días por le menos —se lamentó.

—¿Y por qué no vas a un hospital para que te miren el espinazo? Puedes tener una vértebra mal.

—Tú eres un listo, sabes demasiado. ¿Qué haces en esta maldita villa?

—No sé, ahora comer pollo. Por cierto, que sabe a pollo y no a pescado como los que venden por ahí.

—Como que es pollo campero —gruñó Dionisio cuyo rostro estaba crispado. Un mal gesto había despertado al doloroso dragón llamado lumbago que había permanecido adormilado un tiempo en algún lugar de su espalda.

—Y cuando te pones así, ¿cómo te las arreglas?

—Me dan friegas con una pomada y a aguantar, pero precisamente hoy...

—La friega te la puedo dar yo, pero ¿qué es eso de "precisamente hoy"?

—Nada, que tengo una chapuza especial para esta noche y tal como estoy me la voy a perder.

—¿Una chapuza nocturna, acaso una moza que no va a quedar contenta? —le miró, dio un mordisco a la pata de pollo que sostenía entre sus dedos y añadió—: La verdad, me pareces ya muy quemado para poder dar satisfacción a una mujer.

—Se trataba de ganar unos duros —giró la cabeza para encararse con Tony que se hallaba sentado ante la mesa en aquella estancia de cuatro por cinco pasos.

—Si puedo echarte una mano.

—Eres un tipo muy raro, Tony. Tienes estudios y sin embargo estás aquí como ayudante de sepulturero.

—Esto es solo una experiencia más en mi vida, dentro de un año ya veremos dónde estoy. ¿De qué se trata? Si el lumbago te dobla, yo puedo ayudar, por unos duros como tú dices, claro.

—Te puedes ganar cinco mil duros.

—¿Cinco mil, y cuántos te ganas tú?

—Pues... Ah, me duele una barbaridad...

—Supongo que otros cinco mil —añadió Tony sin hacer caso de las quejas de Dionisio.

—Mira, me conformo con dos mil si haces tú el trabajo.

—Ocho mil, no está mal. ¿De qué se trata?

—Si se lo cuentas a alguien, te van a llevar al cuartelillo. Ya sabes, vendrá la pareja de la guardia civil, se te llevará y las vas a pasar putas.

—¿Qué clase de delito se supone que he de llevar a cabo por ocho mil duros?

—Hay que sacar el ataúd del nicho...

Podía dar la impresión de que el cementerio se hallaba en completo silencio, más no era así. Se oía un autillo, ruidos de diminutos mamíferos, contracciones de losas y paredes que durante el día habían recibido el sol y que se enfriaban de madrugada. Era como si los muertos arañaran las losas, los tabiques que cerraban los nichos, las tapas de los ataúdes intentando escapar de sus encierros.

Tony fumaba un cigarrillo mientras escuchaba música con los auriculares encajados y la *cassette* metida en un bolsillo de la cazadora de cuero algo gastada. No oía los pequeños ruidos del cementerio que delataban vida donde no debía haberla.

Las estrellas titilaban, el frío era intenso y a la amanecida, la escarcha lo blanquearía todo.

No es que le inquietase demasiado el cementerio en la soledad de la fría madrugada, pero prefería aislarse escuchando música, una música que por brotar de los acolchados auriculares no podía turbar la paz y el silencio de los muertos.

Un carretillo, cargado con los útiles de albañil de cementerio, estaba ya dispuesto. Tony ignoraba cuál debía ser el nicho que iba a ser abierto de forma clandestina.

Aquello era violar la paz de un muerto y él ignoraba los motivos, solo sabía que si hacía el trabajo le pagarían cuarenta mil pesetas y otras diez mil irían para Dionisio, quien no parecía extrañado porque le hubieran hecho tan tétrico encargo.

Unos faros encendidos aparecieron en el camino del cementerio, un camino sin asfaltar, bastante limpio y aplanado, pero no era una buena pista para correr y menos de noche.

El automóvil avanzó lentamente hasta que se detuvo a una docena de pasos de la puerta del cementerio y apagó las luces y el motor.

Tony se quitó los auriculares y los guardó en uno de sus bolsillos. Abrió la verja y se hizo ver.

El vehículo que tenía delante parecía negro pero podía no serlo, cualquier coche azul oscuro, verde oscuro o marrón, habría dado impresión de ser negro, ya que ninguna luz lo iluminaba. La luna estaba en menguante, pero como no había nubes, se podía caminar sin tropezar.

Un hombre se apeó del coche y anduvo hacia Tony. Se protegía con un grueso gabán con el cuello levantado. A Tony le pareció un hombre fuerte y de elevada estatura. Brotó un haz de luz de sus manos y dio en los ojos del joven.

—¿Quién eres? —preguntó con voz grave, nada amistosa. Tenía un ligero acento extranjero.

—Me llamo Tony. Dionisio no ha podido venir.

—¿Y por qué? —inquirió con un gruñido.

—Está tumbado por el lumbago.

—Maldito cascajo.

—Aparta esa luz, molesta.

—¿Te ha dicho él que vinieras?

—Sí, y que me ganaría unos miles de duros. Solo tengo que trabajar, callar y cobrar.

—Eso está bien. ¿Te ha dicho algo más?

—No, solo que haga un trabajo de cementerio, supongo que se trata de sacar un ataúd de su tumba.

—No pareces tener miedo.

—¿Miedo? Estaba escuchando música.

—De todos modos, no me gustas demasiado, no te pareces nada a Dionisio.

—Ni lo intento.

El desconocido, de cabello rubio grisáceo, se volvió hacia el coche. Tony tuvo la impresión de que dentro del vehículo había quedado alguien esperando.

Aquel tipo parecía conocer bien el recinto. Tony, en silencio, le siguió con el carretillo cargado con sus bártulos de albañilería.

El individuo se detuvo frente a unos nichos en los que destacaba uno que tenía una lápida de granito negro en la que Tony leyó: "MARTIN WAY BENSON", y hacía poco más de un año que había sido metido en aquella sepultura.

—Ábrela y sacaremos el ataúd. Procura no hacer follón ni estropicio, luego hay que volverlo a meter sin que se note.

—Sí, claro. ¿Lo enterraron con joyas?

—Calla y trabaja aprisa si quieres cobrar, y no te hagas ilusiones, ahí dentro solo hay un cadáver sin joyas ni nada de valor.

—Entonces, ¿para qué queréis verlo?

—Se trata de una comprobación.

A Tony comenzaba a cargarle aquel tipo que se mostraba dominante y despreciativo, pero optó por seguirle la corriente. Aquella noche iba a ser una experiencia, una anécdota más en su vida.

Sacó la lápida con cuidado. Utilizando la maza de albañil, hizo a trozos el tabique, cayendo al suelo los pedazos de ladrillo. Un olor a humedad se filtró por su nariz, pero no pudo decir que el olor fuera demasiado nauseabundo.

—Afuera con la caja —ordenó aquel tipo.

Bajo la luz ruidosa de una lámpara de camping gas que Tony había encendido, sacaron el féretro y lo depositaron en el suelo. Carecía de cruz, el ser encerrado allí, en vida podía haber sido ateo o testigo de Jehová.

—Bueno, ya está. Ahora, ¿vendrá el que se ha quedado dentro del coche?

El desconocido le miró ahora inquieto, frunciendo el ceño.

—¿Quién te ha dicho que hay alguien en el coche?

—Nadie.

—Tú no lo has visto.

—No, pero no soy tonto del todo y como has mirado tanto hacia el coche, me ha dado la impresión de que esperabas órdenes.

—Pues, mejor no seas tan listo si quieres ganarte esos duros.

—Está bien, yo no sé nada. Me llevo unos miles y una parte se la he de dar al sepulturero oficial que es Dionisio.

—Vamos, daremos un paseo por el fondo del cementerio, me gustará ver cómo es.

Tony se encogió de hombros y acompañó al tipo que ya no le cabía duda solo era un mandado de otro, una especie de guardaespaldas e imaginó que posiblemente iría armado.

—Los cementerios de pueblo parecen más solitarios que los de ciudad —comentó el desconocido, deteniéndose en un ángulo del recinto donde los setos habían crecido tanto que no dejaban ver el resto de la pequeña necrópolis.

—Será porque la gente de los pueblos respeta más a los muertos que en las grandes ciudades.

Aquel hombre sonrió con sarcasmo.

—Será porque tienen más miedo. He oído que en algunos cementerios grandes como el de Barcelona, por la noche los ladrones se llevan todo lo que pueden.

—¿Y qué es todo lo que pueden, cadáveres, acaso?

—No, a los muertos los dejan tranquilos. Se llevan todo lo que sea de latón y lápidas aprovechables para ser revendidas. ¿Fumas?

—Bueno —aceptó Tony. Por entre las hojas del seto de aligustre pudo ver una lucecita que se movía y dedujo que el tipo del coche ya iba hacia el ataúd.

—¿Sois detectives?

—Nada de preguntas —cortó el rubio, encendiendo el cigarrillo que Tony ya tenía entre sus labios.

—Pues, me parece aburrido hablar del tiempo.

—Hace frío, la noche está estrellada, al amanecer habrá escarcha —fue diciendo el desconocido.

—¿A ti te gustaría cuidar cabras?

La pregunta sorprendió mucho al tipo que le estaba reteniendo en aquel rincón del cementerio mientras el otro furtivo llevaba a cabo su labor.

—¿Cabras, qué tontería es esa?

—Unos amigos han formado dos parejas y han comprado cabras, y no creas que son tontos, uno es ingeniero, otra bióloga, en fin, que son universitarios, pero han comprado cabras y están criándolas en

un lugar casi salvaje, lejos de la ciudad.

—A esos “chalaos” que llaman los neorurales, no creo que les vaya bien, en cuanto se cansen volverán.

—Quién sabe, a lo mejor les funciona.

—Bah, se calientan la cabeza y luego deben estar dándole al porro donde nadie les molesta, pero esas modas se pasan con los años.

Siguieron cambiando impresiones hasta que se oyó un pitido intermitente que salía del interior del gabán del desconocido. Este introdujo su mano en el bolsillo y el pitido quedó silenciado.

—Vamos, el tiempo pasa sin que nos demos cuenta.

Regresaron junto al ataúd. Ya no había nadie allí y el féretro aparecía cerrado como ellos lo dejaran.

—¿Hay que volver a meterlo en el nicho?

—Sí, aquí no ha pasado nada.

Tony pensó que resultaba más pesado elevar el ataúd que descenderlo y lo introdujeron de nuevo en el nicho.

—Tápalo y pon la lápida. Recoge todo lo que hay por el suelo, que no quede ni rastro de nuestro paso.

—De acuerdo, de acuerdo, es cosa de quince o veinte minutos.

El otro asintió con la cabeza. No parecía dispuesto a marcharse sin comprobar que todo el trabajo estuviera correcto.

Tony hizo bien su tarea, el propio Dionisio le había dicho que tenía habilidad para aquellos menesteres.

Cuando la lápida estuvo sujeta, cubriendo el pequeño tabique, el desconocido sacó un fajo de billetes y se los entregó.

—Las cincuenta mil y silencio, porque si le cuentas a alguien que hemos estado husmeando aquí, gracias a tu trabajo, serías tú el que acabara en el cuartelillo de la guardia civil.

—Yo voy a lo mío y nada más.

—Eso está bien.

Tony le vio salir del cementerio. Subió al coche, situándose al volante. Lo puso en marcha e hizo la maniobra para dar la vuelta con las luces apagadas. Se alejó por el camino de tierra, disolviéndose en la noche.

“¿Qué diablos buscarían en esa tumba?”, se preguntó Tony muy intrigado.

CAPÍTULO II

Benedetti, argentino de nacionalidad, se pasó la mano por su bien recortada barba. Se sentía observado con mucha atención. Sabía lo que se esperaba de él y no podía defraudar a las dos mujeres que tenía delante, una con cuarenta y pocos años, todavía hermosa, y la otra de apenas veinte, radiante de belleza, largos cabellos oscuros y grandes ojos verdes.

—No, no, por ahora no —fue diciendo con voz grave y lenta.

—¿Quiere decir que mi hija no tiene telepatía? —inquirió la mujer cuarentona.

—Señora Ramírez, yo no puedo afirmar ni negar nada con rotundidad. Las facultades paranormales son muy especiales y diría que juguetonas. Hoy sí, mañana no, quién sabe. Esas facultades aparecen cuando menos se espera, por eso a los parapsicólogos nos resulta tan difícil trabajar en el laboratorio. Si los fenómenos pudieran repetirse, medirse y cuantificarse cuantas veces quisiéramos, la parapsicología pasaría a ser una ciencia exacta dentro de lo que cabe, claro. De todos modos, como lo que usted requiere de mi humilde persona es mi opinión profesional, le diré que su inteligente y hermosa hija Vanessa no es el don de la telepatía lo que posee, sino el de la hiperestesia en un grado muy elevado por cierto.

—¿Y qué es eso exactamente?

—Pues, que capta sensitivamente mucho más que los demás mortales, mucho más que usted o que yo. En ocasiones se confunde la hiperestesia con la telepatía y no es fácil diferenciarlas poniendo distancia física entre ambas. Le daré un ejemplo sencillo: Telepatía sería que captase o le enviara un mensaje a usted que en vez de en España estuviera por ejemplo en Australia. En cambio, hiperestesia significa que puede captar el mismo mensaje pero estando usted cerca de ella, sentada al lado en la misma habitación o incluso en otra dependencia de la misma casa, pero no demasiado lejos.

—Pero, ella captaría mi pensamiento, ¿no es eso?

—Verá, señora, cuando pensamos movemos muchos nervios y

músculos de nuestro cuerpo y ella, en ocasiones, lo capta. Usted puede pensar y creer que sus pensamientos son secretos para todos, pero ha de tener presente que cuando pensamos, solemos mover las cuerdas vocales, aunque en tono tan bajo que no se oyen. Los hiperestésicos como su hija sí pueden oír lo que estamos pensando, pueden oír hasta nuestro llanto aunque sonriamos para disimular cuando una gran pena nos agobia. Son personas especiales.

—Pero ¿no puede captar a distancia, no puede adivinar lo que piensa otra persona que esté lejos?

—Señora, no se trata de adivinar. La parapsicología no es un juego de azar. Su hija es hiperestésica, muchas jóvenes adolescentes lo son y luego, con el paso de los años, pierden esta facultad. Yo diría que la hiperestesia de su hija es hasta asombrosa y me gustaría mucho trabajar con ella.

—Ni hablar, me cobra quince mil pesetas por sesión. ¿Quiere arruinarnos?

—Oh, no, señora Ramírez, por otras sesiones ya no le cobraría nada, solo se trataría de colaborar con esta nueva ciencia.

Claudia Ramírez miró a su hija interrogante. Vanessa negó con la cabeza y después corroboró con palabras.

—No quiero convertirme en una cobaya.

—Bueno, no sería así —matizó el profesor Benedetti quitándose sus gafas de grueso cristal—. No debe temer nada, señorita. La ciencia ganará con estas experiencias y usted también porque aprenderá a utilizar más y mejor sus extraordinarias facultades. Tenga en cuenta que la mayor parte de las dotadas son adolescentes que luego, al madurar como mujeres, pierden estos poderes, pero si practicasen, si aprendieran a controlarlos, los conservarían a lo largo de su vida, lo que las favorecería mucho.

—¿En qué sentido puede favorecerla? —quiso saber la madre.

—Eso no lo sabemos, pero profesionalmente, en fin, puede ser una persona extraordinariamente dotada para saber lo que otras piensan y de esta manera, tomará mejores decisiones.

—No entiendo nada —objetó escéptica y con un cierto desdén la señora Ramírez.

—Déjalo, mamá. Te empeñaste en averiguar si era telépata y ya ves que no lo soy.

—Pero eres eso otro, hiperestésica. ¿No se dice así, profesor

Benedetti?

—Sí, así es —asintió paciente el argentino parapsicólogo.

—Si cambio de opinión, se lo haré saber.

El profesor asintió con una sonrisa, pero en el fondo estaba convencido de que cuando las dos mujeres, madre e hija, salieran de su despacho-consulta, no volvería a verlas jamás.

* * *

Mientras se envolvía con la toalla-sábana para secar su cuerpo de mujer, aún casi adolescente, de pechos pequeños y duros y caderas escurridas, la rubia Susi salió de su compartimiento de ducha para enfrentarse al contiguo donde el agua aún caía sobre el cuerpo de Vanessa.

—Entonces, ¿por qué se emperraba tu madre en que tienes telepatía?

—No lo sé. Parece que he dicho o hecho cosas que la han sorprendido y ha creído que soy algo así como una futura estrella de circo.

Vanesa, con aparente naturalidad, giró su cuerpo dando la espalda a su amiga. Cerró la ducha para coger también una gran toalla y envolverse con ella para secarse. El agua caliente había limpiado de sudor su cuerpo joven y elástico, un sudor que ambas habían transpirado en el agitado partido de tenis que acababan de disputar.

—A mí, todo eso de la telepatía me parecen tonterías de histéricas aburridas y vocacionales del espiritismo.

—Sí, ya te he dicho que yo no tengo telepatía.

—Pero, tú has ido a comprobar si la tenías o no.

—Fue idea de mi madre. Después de todo, ella ha pagado al profesor Benedetti. Además, te diré que sí creo en la telepatía aunque yo no posea ese don. Ese profesor es un tipo legal.

—A mí me parece un timador.

—¿Por qué no es un médico eminente como tu padre?

—Mi padre dice que todo eso solo sirve para sacar el dinero a los incautos.

Envueltas en las toallas, caminaron hacia las taquillas de vestuario. Vanessa no parecía dispuesta a dejarse dominar por su compañera y amiga.

—Bueno, yo creo que no nos han estafado. El profesor Benedetti me ha parecido sincero y las pruebas a que me ha sometido han sido incluso interesantes. No soy telépata, pero parece que soy hiperestésica.
—¿Y eso sirve para algo?
—Pues, no lo sé, habré de averiguar si se trata de un don o una lata que me va a dar disgustos y molestias.
Susi, más rápida de movimientos que Vanessa, abrió su taquilla arrojando la toalla sobre el banco para comenzar a sacar primeramente sus prendas íntimas.
—Algún día me harás una demostración de tu hiperestesia, ¿eh?
—No es fácil.
—¿Qué pasa, te vas a hacer cotizar?
—No es eso, es que no puedo controlar esa facultad. Hay ocasiones en que funciona y otras no.
—Mira qué sujetador.
Se lo mostró alzándolo entre las dos manos. Era una prenda pequeña, blanca.
—¿Qué le pasa, no te gusta?
—No, no es eso, es que no se parece al tuyo. Claro, como hay tanta diferencia de pechos entre tú y yo...
—Bah, no será tanto. Además, todavía pueden crecerte. Dicen que tomando pastillas anticonceptivas se desarrollan y si no, la cirugía estética hace maravillas.
—En cambio, tú los tienes que son una preciosidad.
—Anda, tonta, suelta —le pidió riéndose.
Con un gesto de su cuerpo, hizo que los senos escaparan de las manos de Susi y rápidamente comenzó a vestirse.
—¿Te vienes a mi casa? Podemos estudiar juntas.
—Tengo que hacer —replicó algo evasiva.
—Me parece que estará mi hermano.
—¿De veras?
—Sí, se lo he oído comentar y en secreto te diré que le gustas mucho.
—¿Te ha dicho algo? —preguntó Vanessa mal disimulando su interés.
Mario no había formado nunca parte del grupo de estudiantes en el que se incluía Vanessa. Él estudiaba en el extranjero y ella le

conocía gracias a Susi que, por su bajo nivel de notas, no había sido enviada a estudiar fuera del país como su hermano.

—Bueno, dice que eres interesante.

—¿Solo? —preguntó Vanessa, algo picada.

—Yo le he contado que eres muy bonita. Puedo decirlo con seriedad, ¿no crees?

—Sí, claro, lo mismo que yo de ti, aquí nos vemos todas.

—Sí, pero yo no soy tan bonita como tú.

—No digas tonterías.

—Y además de bonita, sacas mejores notas que yo y eres hiperestésica... —se echó a reír sonoramente, inclinándose hacia adelante como si la risa la venciera.

—Eres increíble, Susi, increíble.

Vanessa subió al pequeño Peugeot rojo de su amiga, cuya familia tenía un nivel económico muy superior al de Vanessa que vivía con su madre de una modesta pensión y unas pequeñas rentas heredadas de su padre, fallecido en accidente de aviación.

Vanessa no se sentía mal por la diferencia económica. Estaba segura de que por sí misma conseguiría el confort de que su amiga disfrutaba.

—No creas que solo lo hago por ti —le confesó Susi mientras conducía con excesiva velocidad su pequeño pero potente automóvil.

—¿El qué?

—Pues, reuniros. La verdad, deseo que mi hermano se divierta, es demasiado serio, siempre estudiando. Inglaterra, Suiza y pronto irá a América, no sé adónde va a llegar.

—¿No sale con chicas?

—No, creo que nos tiene algo de miedo, pero es muy inteligente, sabe de todo. Cuando él habla, yo me siento imbécil, claro que no dejo que lo note. Llegará lejos, ya lo verás, y a mí me gustaría que fuera acompañado de una chica como tú.

—Gracias, pero quizás sea a mí a quién no interese tu hermanito.

—Seguro que sí. Es alto, fuerte, rubio, un superdotado y además, pertenece a una buena familia.

—Caramba, caramba, ¿y Dios no tendrá celos de él? —se burló Vanessa.

La casa de los Guaridor se hallaba en la zona alta de la ciudad, un palacete que habría estado muy soleado de no ser por los grandes árboles que poblaban el jardín que acababa resultando umbrío.

Para Vanessa, aquella casa en la que había estado en varias ocasiones, era inmensa y agobiante. Se intuía que allí no seguirían viviendo las futuras generaciones de los Guaridor. El palacete terminaría convirtiéndose en un centro geriátrico o una pequeña clínica para deficientes mentales, si es que no la arrasaban hasta los cimientos para levantar nuevas edificaciones bajo la bandera de la imparable especulación inmobiliaria.

—¿No celebráis nunca fiestas en este salón? —preguntó Vanessa, caminando por el suelo de mármol impecablemente pulido, admirando las columnas, la doble escalinata que ascendía a la planta principal. Todo estaba bien conservado y pintado, cuando no tapizadas las paredes.

—No. Papá lo tiene bien cuidado, lo que le cuesta una fortuna, pero él no es amigo de las fiestas como lo eran los abuelos. Cuando ellos vivían sí se hacían grandes fiestas, pero papá no y menos desde que...

No añadió más, pero Vanessa sabía que el doctor Guaridor había sido abandonado por su joven esposa, quien había preferido rechazar la vida en aquel lujoso palacete para escaparse con un músico extranjero.

—Vamos a la biblioteca.

Al abrir la puerta, descubrieron que dentro ya había alguien consultando libros.

—Disculpa, papá, no sabía que estuvieras aquí.

—No importa, Susi. Pasad, pasad, yo ya me iba.

—Podemos volver luego. Teníamos que consultar unos libros para un trabajo —se disculpó Susi mientras Vanessa permanecía en silencio.

Los ojos grandes y profundos del médico se clavaron en la hermosa amiga de su hija.

—Susi siempre está hablando de ti, de lo guapa e inteligente que eres, y hasta de las dotes de telepatía que posees.

—Harán que me sonroje. Yo no soy telépata, se lo estaba contando a Susi, parece que solo algo hiperestésica.

—¿Hiperestésica, lo supones tú o te lo ha dicho alguien?

—Un profesor de parapsicología al que mi madre se empeñó en consultar.

—Pues, si ese profesor lo dice, será cierto.

—Papá, creí que no aceptabas la parapsicología.

—Oficialmente y en público, no la acepto, hija. Todo fenómeno que no se puede repetir en un laboratorio no es creíble y por tanto, no es científico, pero personalmente y en secreto debo admitir que existen fenómenos y casos extraños que escapan a la ciencia pura. La hiperestesia es un hecho mucho más aceptable que la telepatía, claro está que hablo de una hiperestesia digamos razonable. Lo mismo que todas las personas no sufren de la misma manera el dolor y tampoco poseemos idéntica capacidad de memoria o razonamiento, tampoco es igual la captación de nuestros sentidos. Puestos del cero al diez, digamos que un sordo está en el cero de nivel de audición…

—¿Y un hombre de buen oído en el diez?

—No, Susi, dejémoslo en un seis o un siete, porque existen personas de extraordinaria capacidad que pueden oír lo que los demás no podemos y algunos de estos no pueden soportarlo y terminan enloqueciendo. Este fenómeno puede darse con todos los sentidos y mucho más extraordinario sería si en vez de poseer un sentido hiperdotado ocurriera con todos al mismo tiempo.

—A mí lo que me ocurre, no me sucede siempre, solo de vez en cuando.

Se levantó de su silla, olvidándose de los libros abiertos. El doctor Guaridor era alto, corpulento. Lucía un bigote ancho y espeso y su cabeza brillaba a causa de una gran calvicie.

Todo él era dominante y a Vanessa, hallarse ante él, le producía inquietud, pero no podía demostrarlo. Él, como si lo supiera, dibujaba en su boca de labio superior fino, casi inexistente, una sonrisa apenas perceptible.

—¿Sabes, Vanessa? Me gustaría averiguar algo sobre esos poderes que pareces tener.

—Ese mismo ha dicho el profesor Benedetti.

—Pero seguro que ese profesor no posee un electroencefalógrafo, ni estimulantes sinápticos adecuados para llevar a cabo una prueba.

—Bueno, él desearía saber más de mí, pero yo no quiero prestarme a ser una cobaya para nadie.

—No sufrirías ningún daño. De todos modos, eso sería una acción voluntaria tuya.

—No, no serviría —se apresuró a decir la joven—. Esta clase de fenómenos ocurren cuando yo menos lo espero y de esta forma no se pueden medir ni con el electroencefalógrafo, y no puedo pasarme la vida con los electrodos pegados al cráneo.

—No, claro que no, pero una ocasión puede propiciarse.

Susi intervino:

—Papá no te hará nada que te pueda dañar.

—Sí, estoy segura, pero yo prefiero olvidarme de este tema, así se lo he dicho a mi madre.

—Está bien, pero si algún día te decides, cuenta conmigo. Susi, recoge mis libros y ponlos en su sitio.

El doctor Guaridor abandonó la biblioteca dejándolas solas. Susi se preocupó de ordenar los libros abiertos sobre la mesa.

—¿Vendrá Mario por aquí? —preguntó Vanessa mirando distraídamente los lomos de los libros colocados en los anaqueles.

Susi abrió uno de los armaritos y de él sacó un extraño aparato que puso sobre la mesa. Era una circunferencia negra de más de dos palmos de diámetros colocada en vertical sobre un soporte rectangular que parecía una cajita mate. En el centro de la circunferencia había un ojo tan bien imitado que semejaba real.

—¿Qué es esto? —preguntó Vanessa acercándose.

—Un aparatito que le regalaron a mi padre. ¿Quieres ver cómo funciona?

—Bueno. ¿Qué hace?

—Ya lo verás, es muy divertido —bajó la voz para añadir—: Es afrodisíaco.

—No me digas —Vanessa se rio ligeramente—. ¿No será peligroso?

—No, tú no has de tocarlo para nada.

—Es que ese ojo me da no sé qué.

—No temas, es el ojo amigo. Anda, siéntate y relájate. Pon las piernas hacia adelante y algo separadas.

—¿Y qué pasará?

—Ya lo verás, no tengas prisa. Ah, pon los antebrazos sobre la

mesa y las manos también sobre el tablero, las palmas hacia abajo y los dedos sueltos.

—¿Así?

Vanessa mostró sus manos y Susi asintió con la cabeza. Oprimió un resorte colocado en la base de aquella esfera negra y el ojo se iluminó con un brillo fosforescente.

—Apagaré las luces para que el efecto sea mayor.

—No hace falta —protestó Vanessa.

—Sí, mujer. Tú relájate y no pienses en nada, sigue el ojo con la mirada.

El ojo comenzó a desplazarse por la superficie negra, primero en horizontal y después fue descendiendo para llegar a su punto más bajo. Volvió a subir por el arco contrario y cuando parecía que al llegar al nivel medio iba a continuar subiendo, el ojo comenzó a descender de nuevo desplazándose por la superficie negra como si fuera la pesa de un péndulo.

Empezó a oírse una respiración lenta y profunda, una respiración que Vanessa imitó sin darse cuenta mientras del mismo soporte que parecía esconder una doble grabadora, salía una voz casi inaudible, ronca y lenta que decía algo, algo que Vanessa no se preocupaba de descifrar conscientemente mientras el ojo seguía su movimiento pendular, atrayendo la mirada de la muchacha que iba quedando más y más atrapada por la magia del extraño artilugio.

CAPÍTULO III

—Noooo, noooo...

La voz parecía el ulular del viento helado en la tundra, la sobrecogió. Miró en derredor. Había poca luz, era como una amanecida de invierno en día nublado, no terminaba de llegar la luz.

La tierra yerma era como un mar sombrío y a lo lejos se dibujaba algo, algo sobre un otero.

—¿Quiénes sois? —gritó Vanessa sintiéndose sola.

—Somos nosotros —respondió un lúgubre coro de voces a su espalda.

Vanessa se volvió rápidamente y descubrió sombras entre las sombras, como fosforescencias entre ráfagas de luz en la negra amanecida.

—Somoooos nosotroooos.

Tuvo que volverse de nuevo y vio más sombras. Unas y otras semejaban avanzar hacia ella que estaba en medio.

—¿Quiénes sois? —gritó, con el miedo empujando cada una de las sílabas que pronunciaba.

—Somoooos los muertoooos...

Retrocedió unos pasos, pero a su espalda, las voces lúgubres respondieron también:

—Somooos los muertoooos...

—No, no puede ser —aterrada, echó a andar hacia el otero para escapar a las sombras necroformes que se le acercaban por un lado y otro—. ¡Marchaos, marchaos! —gritó jadeante.

—¡Nooo! ¡Tú nos has llamado!

Vanessa echó a correr y entonces se percató de su desnudez, de su indefensión ante la proximidad de aquellos seres llegados del más allá. Eran sombras entre las sombras, formas que cada vez se perfilaban más.

Del miedo a lo desconocido, Vanessa fue pasando al horror al vislumbrar ya a aquellos seres que aseguraban pertenecer al mundo de los muertos, un mundo del que la joven no quería saber nada

hasta que llegara el momento de su propia muerte, una muerte que por su espléndida juventud se auguraba muy lejana en el tiempo.

—¡Yo no os he llamado! —gritó, corriendo hacia el otero como si en él hubiera de encontrar la salvación.

El frío la atería, sus pies desnudos se lastimaban contra el suelo pedregoso. El viento se hacía cada vez más fuerte y frenaba su avance mientras los tambaleantes muertos caminaban hacia ella, tendiendo sus brazos, sus manos esqueléticas.

—¡No, no, yo no os he llamado! —repetía.

El viento azotaba sus cabellos largos y oscuros. El terror que sentía era tan grande que le parecía que aquellas manos sarmentosas que trataban de alcanzarla, ya rozaban sus cabellos.

Gritaba mientas su cuerpo joven y hermoso luchaba contra el viento que la frenaba, como deseoso de que cayera en manos de los muertos.

Logró llegar a la falda del otero sobre el que se levantaba un monasterio tan tenebroso como su entorno. La amanecida resultaba eterna, el día no parecía querer llegar. Cada segundo era una eternidad, eternidad que para los muertos era la noche a la que jamás sucedería el día, camino sin horizonte, paz sin descanso.

Trepó por la cuesta en busca de la entrada del siniestro convento. El viento la frenaba menos, pero los muertos la perseguían. No podía distinguir bien sus rostros y tampoco quería verlos. Las manos esqueléticas ansiaban atraparla, quizás pretendían apresar con sus dedos muertos la vida y la belleza que ella representaba.

Cuando ya no parecía quedar aire en sus pulmones por la agitación y desesperación que sentía en su huida hacia el convento que buscaba como refugio, se encontró con la gran puerta de madera y herrajes de bronce.

Corrió hacia ella y al golpearla con sus puños para pedir que le abrieran, la puerta cedió. Se encontró con una gran entrada oscura y húmeda. Trató de empujar las puertas para cortar el paso a los muertos que la perseguían y no lo consiguió, los brazos y las manos esqueléticas se filtraban ansiosas entre las dos hojas de la enorme y pesada puerta.

—¡Marchaos, marchaos! —les gritó casi sin voz, con gemidos de miedo.

—Noooo, tú nos has llamadoooo —le respondieron con sus voces ululantes.

Desistió de cerrar la puerta y corrió por el túnel grande y oscuro hasta que vislumbró el claustro, envuelto en una luz pobre y difusa. Descubrió una escalinata y comenzó a trepar por ella, saltando sobre los peldaños de dos en dos.

—¡Socorro, ayúdenme, socorro! —gritaba, esperando que en el convento hubiera alguien capaz de auxiliarla.

—Tú nos has llamadooo —insistían lúgubremente los muertos. Eran docenas y subían por la gran escalinata tratando de alcanzarla.

—No, no puede ser cierto, esto ha de ser una pesadilla —se decía Vanessa llorando de terror pero sin dejar de correr, agitando sus cabellos negros que destacaban contra la blancura de su piel desnuda. Era como la luz misma deslizándose por los corredores del siniestro convento en el que no parecía haber nadie.

Penetró en una estancia que luego descubrió era una gran alcoba, quizás la alcoba egregia que aquel convento reservaba para visitantes ilustres e importantes.

Cerró la puerta y puso un grueso cerrojo. No tardó en oír los golpes que los muertos enfurecidos daban contra la puerta, tratando de abatirla.

—No tengas miedo, no pasarán —le dijo Susi mientras le acariciaba el rostro y la ayudaba a recostarse en la cama.

—Quiero salir de aquí. ¿Dónde estoy?

—Conmigo, Vanessa. ¿Qué importan ellos? Estás conmigo —le decía dulcemente mientras le buscaba los hombros y sus labios subían por el cuello.

—Ayúdame a escapar —suplicó Vanessa.

—¿Cómo? Ellos están afuera y ahora vendrá Mario.

—¿Mario?

—Sí, Mario. Eres tan bonita —le dijo con ojos casi de adoración. Tomó los pechos de Vanessa entre sus manos y buscó con la boca el pezón derecho, chupándolo con deleite.

—¿Qué haces?

—Eres muy bonita, me emocionas.

—No hagas tonterías, por favor —pidió Vanessa que se hallaba tendida en la cama.

Susi, como más ágil que ella, se multiplicaba en sus caricias sin

que Vanessa consiguiera zafarse de ellas.

—Todavía eres muy ingenua. Tengo que abrirte los ojos al placer, al goce del amor.

—No, así no.

Susi quiso profundizar más en sus caricias. Vanessa, asustada, quedaba cada vez más vencida, su resistencia se desvanecía. Susi era muy hábil en aquellas prácticas. Manos, labios, todo su cuerpo se rozaba contra el de su amiga.

—Déjame, yo no soy así —gimió. En contra de su voluntad, el cuerpo comenzó a quemarle.

Cuando Mario apareció, Vanessa no supo de dónde había surgido. Había muchas sombras alrededor de la carne en aquella alcoba apenas iluminada por la amanecida que se filtraba por la ventana, una amanecida que resultaba eterna.

—Mario…

Susi se volvió para mirar. El joven rubio estaba frente a ambas, cerca ya de la cama, y tan desnudo como ellas mismas. Las miraba sonriente, sin decir nada.

—Mírala, Mario, es muy hermosa —dijo Susi mostrando el cuerpo de Vanessa. Por sus gestos parecía ofrecer una mercancía a un posible comprador.

Vanessa tragó saliva, sentía calor en todo el cuerpo. Susi había sabido prepararla para aquel momento derritiendo todas sus barreras defensivas.

Le gustaba la proximidad del alto y atractivo Mario. El ritmo de su respiración cambió al ver la recia y enhiesta virilidad que el hombre casi ostentaba y exhibía. Sabía que no podría negarse a los deseos de él porque aquellos deseos también eran los suyos.

Vanessa hubiera deseado gritarle a Susi que era una arpía, una mala amiga por haberla preparado de semejante manera. Ya no se oían los fantasmas de ultratumba llamando a la puerta. Allí estaba Mario que subió a la cama y ante la sorpresa y el estupor de Vanessa, atrapó a Susi atrayéndola hacia sí.

—¡No, a mí no! —gritó Susi agitando brazos y piernas para escapar al abrazo del joven rubio.

No podía creer lo que estaba sucediendo. Susi, sujeta entre los brazos de Mario, no conseguía escapar pese a sus esfuerzos. Él se había arrodillado sobre la cama, apretando la espalda de Susi contra

su pecho, aplastándola e impidiéndole moverse. Mientras con el brazo izquierdo la sujetaba por la cintura, con la palma derecha la obligó a inclinarse hacia delante hasta tocar las sábanas con la cara.

Susi golpeaba la cama con sus puños, impotente por librarse de él.

Vanessa saltó de la cama, apartándose de ella, una cama que fue agitada con violencia. La decepción y el asco la inundaron, se sintió sucia mientras Mario y Susi se agitaban rítmicamente, unidos uno al otro. Ambos gemían, ninguno gritaba. Deseó chillar, y lo hizo con tal fuerza que sus oídos se taparon y perdió el conocimiento.

—Vanessa, Vanessa... ¿Qué te ocurre?

Abrió los ojos. Sorprendida, descubrió a Susi a su lado. Estaban dentro del pequeño pero potente coche rojo. Era de noche y los faros de un automóvil que circulaba en dirección contraria las iluminaron.

—¿Dónde estamos?

—Delante de tu casa, te he traído. Te has dormido y de pronto te has puesto como muy nerviosa y has gritado. ¿Alguna pesadilla?

—¿Dormido, gritado?

—Sí, debías de tener mucho sueño. En casa solo has bebido un *gin-tonic*, algo generoso en ginebra, cierto, pero... Quizás no te ha sentado bien y por eso te has dormido.

—¿Ginebra? Sí, quizás he tomado demasiado, habrá sido eso.

A través de la ventanilla, miró hacia el edificio de ladrillo obra vista. No se parecía en nada a la lujosa residencia de los Guaridor, allí vivía ella.

—Gracias por traerme.

Salió del coche. Hacía frío, mucho frío, quizás hasta su alma estaba helada.

CAPÍTULO IV

—¿Qué te pasa, hija? Duermes mal, adelgazas.

—Tengo pesadillas, mamá —confesó Vanessa.

—¿Piensas que el profesor argentino te sometió a demasiadas pruebas?

—No lo sé. Creo que no debimos ir a consultarle.

—Lo he hecho por tu bien, hija, y he pagado ese dinero a gusto.

—No ha servido para nada, ahora estoy más nerviosa que antes, mucho más.

—Sí, pero ahora sabes que eres hiperestésica.

Vanessa iba a responder cuando sonó el teléfono y fue su propia madre quien lo descolgó.

—¿Diga?

Escuchó y al poco, forzó una sonrisa.

—Enseguida se pone —tapó el micro para hablarle a su hija—: Es Susi. Esa chica te interesa como amiga, tiene una familia importante y mucho dinero, es una compañía que te conviene frecuentar.

Vanessa tomó el auricular como no queriendo oír más a su madre.

—¿Sí?

—¿Te vienes esta tarde? Tenemos pista libre y habrá chicos guapísimos.

—Gracias, Susi, pero hoy no me va bien.

—Si quieres, vamos al cine o a cualquier otra parte.

—Gracias, Susi, pero ya te digo, no estoy muy bien y no tengo ganas de salir. Discúlpame.

—¿Y si te llevo donde sé que está Mario?

—Pues, lo mismo, ya te llamaré yo mañana, tengo el día espeso.

Colgó el teléfono. Su madre, que estaba cerca, frunció el ceño para objetar después:

—Terminará por no llamarte. Alrededor de Susi puedes llegar a encontrar el hombre que te convenga.

—Siempre piensas en lo mismo, mamá —le dijo, dándole la

espalda para dirigirse a su habitación.

—¿Es que acaso hay algo más importante? Si te casas con un hombre bien situado, vivirás bien toda la vida.

—Eso quizás fuera antes, mamá, antes —le replicó al llegar al umbral de la puerta, volviéndose hacia ella.

—Vivimos de unas rentas miserables que nos legó tu padre. ¿Es que de mayor quieres ser como yo? Tienes la oportunidad de vivir bien.

—Trabajando, siendo una profesional, que para eso estudio. ¿O me estás pidiendo que te mantenga trabajando yo como puta?

—¡Vanessa!

La muchacha se encerró en su alcoba mientras su madre alzaba la voz, llenando el saloncito de quejas, lamentos y protestas que Vanessa ya no escuchaba.

Cuando Claudia Ramírez ahogaba sus frustraciones con licor de menta con ginebra, Vanessa apareció vestida para salir a la calle.

—¿No le has dicho a Susi que no ibas a salir?

—Le he dicho que no iba a salir con ella. No sé a qué hora volveré, tengo ganas de pasear.

—¿Qué te traes entre manos?

—Mamá, estoy harta de que te pases el día encima de mí controlándome. Si sigues así, algún día me verás salir por esa puerta, pero ya no me verás volver.

—¿Me estás amenazando?

—No exactamente, solo estoy tratando de encontrar mi libertad y si tú me obligas, la buscaré en otra parte. No me gusta sentirme controlada ni acosada por nadie.

Salió a la calle. Comenzaba a lloviznar y se cubrió la cabeza con la capucha de su gabardina roja, sin intimidarse. Llegó hasta la parada del "bus" colocándose bajo la marquesina y esperó hasta que llegó el primer vehículo. Sin mirar su numeración, subió a él buscando un asiento. A aquella hora de la tarde había muy poco pasaje. Un hombre joven y alto pasó junto a ella y se acomodó en el asiento posterior.

—¿Por qué me sigue? —preguntó Vanessa, girándose bruscamente para encararse con el hombre joven de recortada barba que acababa de acomodarse tras ella.

Ambos se miraron con fijeza. Él tuvo un instante de vacilación,

pero terminó por reaccionar haciendo una pregunta:

—¿Cómo lo sabes, tan mal lo he hecho?

—¿Qué es lo que buscas?

—Acompañarte. ¿Te molesta?

—¿Y si te digo que sí?

—No me lo creeré. Tú has salido a coger el “bus” porque me has visto por la ventana. Ahora, ¿qué te parece si vamos a un bar musical y charlamos?

—No salgo con desconocidos.

—Me llamo Tony —dijo él con sencillez.

Vanessa se levantó de su asiento y fue hacia la puerta de salida esperando la siguiente parada. Cuando pisó el asfalto de la calle, cuando notó la finísima lluvia sobre su gabardina roja, Tony ya caminaba a su lado con las manos hundidas en los bolsillos del pantalón mientras una cazadora de piel negra protegía su cuerpo delgado.

—¡Mira, allí hay un bar que no tiene mal aspecto. Aprisa, que llueve más fuerte.

Vanessa se dejó llevar y al poco se veía sentada en un acogedor rincón del bar que les ofrecía calor y no demasiada luz, ambiente musical y humo de tabaco.

—Bueno, ya te has salido con la tuya.

Tony sonrió levemente. A Vanessa le pareció delgado de cara, quizás por no llevar una vida demasiado regular. Sus ojos grandes y oscuros, húmedos, le parecieron hermosos y buenos, ojos de los que podía ser fácil enamorarse.

—Me gustas —dijo él.

—Puede ser, pero hay algo más.

—¿Algo más? —preguntó Tony—. ¿A qué te refieres?

—Tú sabrás. Me has seguido por algo que te importa mucho más que mi supuesta belleza.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Tengo mis métodos.

—¿Puedo saber cuáles son?

—Estoy preguntando yo.

Se les acercó el camarero y pidieron unos cafés. Se hizo un silencio, una pequeña tregua en la que ambos parecían medir sus respectivas fuerzas.

—Me pareces muy inteligente —confesó Tony—. Es cierto que te he venido observando. También me pareces muy bonita, aunque, en invierno, eso no es fácil de descubrir.

—¿Demasiada ropa para taparse?

—Prefiero el verano. Tenía que acercarme a ti y no era fácil, siempre vas a *clubs* exclusivos donde yo no puedo entrar normalmente.

—¿Quién eres en realidad, qué es lo que buscas?

—A ti.

—¿Por qué? Te advierto que no servirá de nada que me mientas, terminaré por descubrirte. Ya te he dicho que tengo mis métodos.

—¿Telepatía, acaso?

—Casi has dado en el clavo, algunos dicen que sí.

—¿Y tú?

—Quién sabe —replicó ambigua, coqueta y misteriosa a un tiempo.

—De acuerdo, aceptaré que tienes el don de la telepatía y que frente a ti me siento como desnudo.

—No te pases.

—¿Por qué?

—Por lo de desnudo —Vanessa sonrió; comenzaba a sentirse a gusto acompañada del joven cuyo aspecto general le recordaba al actor Imanol Arias.

—No sé si al hablarte con toda franqueza te vas a molestar. Después de todo, soy un desconocido.

—Respecto a que eres un desconocido para mí, seguro. En cuanto a intentarlo, puedes. Cuando salgamos de aquí es posible que ya no nos veamos más, todavía no sé por qué he salido a la calle.

—Para encontrarte conmigo, ya te lo he dicho.

—¿También tú presumes de telépata?

—Te llamas Vanessa, ¿verdad?

—Sí, veo que has hecho de sabueso.

—Tú frecuentas la casa de los Guaridor.

—Entonces, ¿quienes te interesan son los Guaridor?

—Puede ser.

—¿Susi?

—¿Susi es tu amiga, la hija de los Guaridor?

—¿No lo sabías?

—No demasiado bien.

—No serás un terrorista, ¿verdad?

—Oh, no, puedes avisar a la policía si quieres, no tengo cuentas pendientes.

—¿Por qué te interesa esa familia? Puede que no seas un terrorista, pero ¿y si tratas de sacarme información para luego asaltarlos?

—Déjate de tonterías. Puedes sacar fotocopia de mi carnet de identidad y si les ocurre algo extraño a los Guaridor, me denuncias. ¿Ves qué fácil?

—No sé por qué, pero te creo.

—Será que tu telepatía funciona.

—Te confesaré que no soy telépata sino hiperestésica.

—Eso significa que captas mis sensaciones, si estoy nervioso o contento aunque trate de disimularlo.

—Algo así.

—Entonces, serías buena para jugar póquer.

—No había pensado en ello, claro que el que capte a los demás no quiere decir que sea capaz de ocultar mis propias emociones y pensamientos; pero anda, sigue hablando de ti y no de mí. ¿Es Susi?

—No.

—¿Mario?

—¿Quién es Mario?

—El hermano de Susi, estudia en el extranjero, pero ahora anda por aquí.

—No. A mí quien me interesa es el doctor Guaridor.

—¿Y por qué?

—Creo que no es una buena persona.

—Eso no me gusta, Tony. Los Guaridor me honran con su amistad y yo no puedo traicionarles hablando mal de ellos a un desconocido.

—No te pido que hables mal de ellos, solo pretendo conocerles más de cerca. Quiero estar seguro de si es una mala persona o no.

—Entonces, ¿no estás seguro?

—Nunca se puede estar seguro hasta que se tienen pruebas.

—¿Y tú buscas esas pruebas?

—Sí.

—No me digas que eres un investigador privado.

—No, no lo soy. Soy un hombre atípico, me gusta vivir el mundo pero a mi manera. Hoy estoy aquí y mañana quién sabe dónde, tampoco sé lo que estaré haciendo. No busco ni me labro un porvenir profesional. Yo no creo en un trabajo estable hasta la jubilación después de los cambios que ha sufrido la sociedad en que vivimos. Muchos han luchado por ese estatus toda su vida y luego se han visto apaleados y olvidados. Empresas importantes que se han hundido, jubilaciones de miseria, inflación que sube. No, no me gusta, y decidí vivir como los pájaros, al día, porque la felicidad no está en el futuro, sino en disfrutar cada momento que se vive, sin que nos agobie la angustia de pensar en el mañana. Tampoco pienso en ser un profesor de vida rutinaria que repite siempre lo mismo, como un loro, y se convence a sí mismo de que sabe más que los demás cuando lo único que ha buscado es tener lleno el pesebre todos los días de su vida y jubilarse siendo el viejo profesor. No, esa clase de vida sin alicientes no me gusta y aún podría añadir muchas cosas más, pero no te estoy dando una conferencia de filosofía práctica de la vida.

—¡Uauh, pues casi lo parece!

—No siempre soy así. Sin darme cuenta, hablo según la persona que tengo delante. Si es inteligente, le hablo con más profundidad; si es más sencilla, empleo su propio lenguaje. Me gusta tratar a todo el mundo, aprendo de todos.

—¿Estás diciéndome que soy inteligente?

—Sin duda, y no vayas a creer que te estoy diciendo que yo soy más inteligente que los demás, no soy tan estúpido. A veces es difícil expresarse con palabras, corre uno el riesgo de ser mal interpretado.

—Sí, eso también me ha ocurrido a mí a veces, y reconozco que en ocasiones quedo muy confusa —tomó la tacita y la vació saboreando el escaso y fuerte café. Mirándola sin soltar la tacita, confesó—: Todavía no te entiendo, no sé qué buscas en el doctor Guaridor.

—La verdad.

—¿Sobre qué?

—Eso, vas a permitir que me lo reserve por el momento.

—Si no me lo dices, me voy —amenazó Vanessa.

—Puedes hacerlo y avisar al doctor Guaridor.

—¿Por qué tanto secreto?

—Porque yo no soy ningún calumniador, no quiero decir nada hasta que consiga pruebas y si no las encuentro, todo será silencio y nadie hablará mal del doctor Guaridor. No quiero salpicar a nadie sin que lo merezca.

—De todos modos, tú vas a por él —aseguró más que preguntó.

—Voy en busca de la verdad, ya te lo he dicho.

—¿De qué conoces tú al doctor Guaridor?

—No le conozco.

—Eso es más raro aún —quedó pensativa y luego añadió—: Y te has acercado a mí para investigarlo más de cerca.

—Pues, ya ves que soy tan tonto que te lo confieso.

—¿Y si descubres que no es tan bueno como todos creemos, hasta dónde puede llegar la acusación?

—No lo sé, tú puedes decidirlo en su momento. Digamos que iba por la vida dando patadas a las piedras que encontraba en mi camino, de pronto me he topado con el cabo de un ovillo y ahora comienzo a tirar de él y no sé con qué voy a encontrarme.

—¿De veras no trabajas para nadie?

—Palabra de que no.

—Yo no quiero hacer daño a la familia Guaridor, sería una traición cuando ellos me reciben tan amablemente en su casa.

—Una casa que nada tiene que ver con la tuya.

—Si con tus palabras quieres decirme que yo soy clase media justita, muy justita, que mi madre y yo vivimos de unas rentas que dan para muy poco y los Guaridor son ricos...

—No te ofendas. Después de todo, yo tampoco soy rico y seguro que estoy lejos de tener lo que tú.

—¿Y dónde vives?

—¿Quieres saberlo?

Salieron del bar. Vanessa iba entrando en la envoltura de naturalidad y confianza que Tony le ofrecía, un muchacho que a cada minuto que transcurría le parecía menos desconocido. Se sentía con él como si le conociera de toda la vida pese a su deseo de investigar al doctor Guaridor.

—Mira, esa es mi casa.

Tony señaló un furgón de color ocre, con el aspecto normal de

los empleados en transportes de carga no superior a las dos toneladas. Estaba muy lejos de parecer una “roulotte” o un vehículo vivienda.

—No se parece en nada a una de esas viviendas ambulantes que se ven en los campings.

—Si se notara, no podría estacionarla en cualquier calle de la ciudad. Ya ves, procuro estar cerca de un parque y de donde haya algunos restaurantes económicos, así me ahorro la compra y la cocina.

—Ahí dentro vivirás de mala manera, ¿no?

—Lo comprobarás por ti misma.

Tony abrió la puerta corredera que tenía en uno de sus lados. Accionó un interruptor y le pidió a la joven que entrara.

Se encontró con una pequeña pero coqueta salita aislada de los asientos del conductor y acompañante para que desde el exterior no se pudiera ver nada. Había una especie de armario y una butaca ancha de color naranja.

Tony cerró la puerta al tiempo que comentaba:

—No me gusta que me vean entrar y salir, corro el riesgo de que fuercen la puerta y se lleven lo poco que tengo. No es mucho, pero le tengo cariño, especialmente a los libros.

—Libres de medicina, psicología, filosofía —fue leyendo la joven.

—Temas que me interesan para conocer mejor a mi prójimo y también a mí mismo, mis condicionantes y debilidades.

—Interesante. ¿Y este armario?

—Ábrelo tú misma.

El armario resultó una diminuta cocina de butano con los botes y sartenes necesarias para salir de un aprieto.

—¿Y dónde duermes?

El hombre sonrió levemente. Puso en marcha una *cassette* estereofónica y alta fidelidad pero con el volumen bajo, música de Tschaikovsky. Con una sola mano, manipuló la butaca que podía tener un metro de ancha y esta se desplegó hasta alcanzar el largo de una cama.

—Ya ves, tres movimientos y una cama con somier de lamas de madera que aseguran un descanso perfecto del espinazo.

—Hum, ya veo. Ahora, será mejor que me vaya.

—Si te invitara a una copa me dirías que trato de emborracharte para aprovecharme de ti, de tu cuerpo que no conozco pero que imagino hermoso.

—¿Y no sería así?

—Mírame, mírame a los ojos. Tú que eres hiperestésica te darás cuenta de lo que estoy deseando.

Sin apartar sus ojos de los femeninos, comenzó a desabrocharle la gabardina. Ella no opuso resistencia a que él se la quitara, aunque tampoco hizo nada para facilitarle las cosas.

Él puso sus manos por debajo del jersey de Vanessa y lo subió hasta por encima de los pechos, encontrándose con una blusa abotonada que fue desabrochando.

—Hace frío —objetó ella.

Tony asintió con la cabeza. Abrió la portezuela que comunicaba aquel habitáculo con la cabina de conducción y se sentó al volante. Puso el vehículo en marcha y se alojó de donde estaba, comenzando a rodar por las calles sobre el asfalto mojad, mientras ponía la calefacción al máximo.

Vigiló un termómetro que llevaba en la cabina y cuando este marcó casi los treinta grados, estacionó el furgón en un lugar que le pareció tranquilo.

Abandonó la cabina y pasó al habitáculo. Vanessa estaba en la cama, tapada hasta el cuello. Tony la miró, sonrió y comenzó a desnudarse.

—Tony, estoy loca.

—¿Por qué no me conoces, porque estás en el lugar más insospechado, porque deseas que bese todo tu cuerpo y te posea plenamente?

—Sí. Si tuviera lógica, si fuera una persona cuerda, saldría corriendo de aquí ahora mismo.

—Y te resfriarías —dijo él.

Se acostó junto a ella y los dos cuerpos comenzaron a rozarse con sensual suavidad.

CAPÍTULO V

Susi estaba en la biblioteca, guardando la extraña circunferencia que poseía un ojo que se iluminaba y movía.

Los furiosos ladridos de los perros que vigilaban la casa dando vueltas alrededor de la misma por el jardín, la alertaron.

Fue hacia la salida tomando de un cajoncito un pequeño silbato ultrasónico. Era de madrugada. Había llegado tarde con su pequeño pero potente automóvil y luego se había entretenido en la biblioteca.

Sintió el frío sobre su pequeño y delgado cuerpo. Debía haberse abrigado, pero ya no era cuestión de volver atrás. Dio una vuelta a la antigua y sólida residencia de los Guaridor, una casa de las que ya quedaban pocas en la gran ciudad, convertida en hormiguero en sus calles y panal de abejas en sus edificios.

La pareja de perros dóberman estaba muy entretenida dando mordiscos y zarandeando un cuerpo caído. Los feroces animales, por su color negro intenso, apenas se veían entre las sombras del jardín en la madrugada. Allí no llegaba la luz de las farolas de la calle.

Susi sabía que sus órdenes orales servían de poco con aquel par de perros e hizo sonar el silbato ultrasónico, apenas unos bufidos entrecortados pero que los animales captaban de distinta manera que el empobrecido oído humano.

Los dóberman, con las fauces ensangrentadas y gruñendo amenazadoramente, se apartaron de su presa.

Susi, algo recelosa respecto a los feroces perros, se acercó al cuerpo caído. Era una mujer de mediana edad. Estaba ensangrentada y tenía los ojos desmesuradamente abiertos. Le faltaba parte del rostro y sus pechos y vientre estaban destrozados.

—¡Qué horror! —exclamó, sin poder evitar un estremecimiento.

Volvió a hacer sonar el silbato, ahora de distinta manera, y los dóberman se alejaron hacia la perrera. Susi les siguió a prudente distancia, hasta que ella llegó también a la perrera y cerró la puerta pasando el cerrojo.

Los perros volvieron a ladrar, como sintiéndose engañados.

Volvió a pasar junto al cuerpo destrozado de la mujer y entró en la casa para tomar un pequeño *walkie-talkie* cuya antena desplegó. Pulsó el llamador y esperó.

—¿Quién llama?

—Soy la niña, baja.

—¿Ahora? Estaba durmiendo.

—Baja enseguida —exigió.

—Está bien —gruñó la voz grave del hombre.

Apenas tres o cuatro minutos más tarde, Susi vio aparecer a Peter. Era alto y muy fuerte, de áspero cabello rubio grisáceo.

—¿Qué pasa? —inquirió con ojos somnolientos y oliendo a alcohol agrio.

—Se ha escapado.

—¿La médium?

—Sí.

—¡Maldita sea!

—Bueno, no se ha escapado.

—¿En qué quedamos?

—Ven, corre, antes de que la descubra alguien.

Peter, protegido por la gruesa bata de lana, siguió a la joven Susi fuera de la casa. Rodearon el jardín y ella le señaló el cuerpo desnudo y destrozado. Peter lo miró con fijeza unos instantes y escupió después.

—Estúpida.

—¿Cómo se ha podido escapar?

—La puerta no es muy sólida, habrá que cambiarla. Si le hubiera puesto cadenas, no habría pasado esto.

Susi, que miraba con repugnancia aquel cuerpo destrozado, ya irreconocible y que conservaba los ojos abiertos, preguntó:

—¿Y ahora qué?

—Habrá que deshacerse de ella. ¿Y los perros?

—Encerrados.

—Son unos excelentes perros —opinó Peter—. Los entrené yo. Cuando cazan a alguien, no lo dejan vivo, como debe ser. No son como esos perros que solo dan ladridos y se les asusta con un par de gritos.

—¿Qué harás ahora?

—¿Qué voy a hacer? ¿No me has llamado para que me deshaga del fiambre? —preguntó con sarcasmo.
—Sí, pero este no me gusta nada. Algún día van a descubrirnos y lo pasaremos muy mal.
—Es posible, a mí tampoco me gusta cuando las cosas se ponen tan sucias y sangrientas. Los dóberman la han destrozado, la verdad es que son magníficos.
—Algún día, como se confundan, van a hacer lo mismo con nosotros.
—¿Quién sabe? Estos dóberman son distintos a otros perros, ellos sí son capaces de morder la mano que les da de comer.
Peter se inclinó sobre el cadáver desnudo, todavía caliente y bañado en sangre de la desgraciada médium que había intentado escapar de la residencia de los Guaridor sin conseguirlo.
Antes de que Susi pudiera evitarlo, Peter le pasó por los labios la mano que había mojado en sangre. La chica se echó hacia atrás, sorprendida y asqueada.
—¿A qué sabe la sangre humana, Susi?
—¡Estúpido asqueroso! —replicó, tratando de limpiarse la boca con la manga del jersey.
Peter se echó a reír, brutal.
—Creí que la sangre no asustaba a los Guaridor. Tu padre es cirujano y tú…
—¿Y yo qué? ¡Estúpido, obedece, deshazte de este cadáver!
—Con las tijeras de podar tendré que cortarle los dedos para que si alguna vez descubrieran los restos no consigan las huellas.
—¿Y qué harás con los dedos?
—Lo mismo que con la cabeza cuando se la corte: Dársela a los dóberman, tendrán para entretenerse. Esos animales triturarán los huesos hasta que se los puedan tragar.
—Me das asco, Peter, asco —silabeó Susi comenzando a alejarse de aquel hombre duro y fornido, un hombre dispuesto a hacer los trabajos más sucios. Era como un dóberman humano.
Ya dentro de la casa, Susi corrió hacia uno de los aseos y se lavó la cara. Sentía sobre sus labios la sangre humana y era un sabor que la mareaba, quizás porque no era simplemente sangre humana, sino que se trataba de la sangre de un cadáver.
Ya lavada y seca su boca, buscó en un armarito una botella de

whisky. La descorchó y bebió del gollete, se mojó los labios con la fuerte bebida hasta que le escocieron.

Guardó la botella y cerró los ojos con fuerza. Tenía ganas de gritar, pero la noche le imponía silencio, mientras en la casa, los pequeños ruidos parecían multiplicarse. La casa era como algo vivo y Susi lo sabía. Había nacido allí y de muy niña había correteado por los oscuros pasillos conteniendo su miedo, buscando a una madre que había desaparecido y a un padre que se hallaba siempre ocupado, no en vano era un famoso cirujano.

Los Guaridor habían acumulado objetos antiguos en aquella gran casa, una casa que tenía un estilo de principios del siglo diecinueve, sin que hubiera sido cambiado al paso de las generaciones.

Los muebles y objetos de madera se habían oscurecido hasta casi parecer negros. Susi sabía que la casa tenía fantasmas, fantasmas que a ella nada le harían porque era una Guaridor, pero le pesaban en la noche la sinfonía de pequeños ruidos que conformaban el silencio.

Subió por la gran escalera hasta la primera planta y luego, por la escalera pequeña, a la segunda planta. Allí habían dormido los criados antiguamente, pero desde hacía tiempo, quienes servían en aquella residencia vivían fuera de la casa. Acudían a llevar a cabo sus trabajos y al anochecer, marchaban.

Se enfrentó con la puerta del fondo del corredor del segundo piso, ella tenía la llave. Era una puerta aparentemente normal, pero estaba blindada y no era fácil traspasar aquel umbral.

Cuando abrió la puerta con el complicado llavín de seguridad, se enfrentó con otra escalera que conducía a lo que fuera el desván. Ahora, el desván solo era una parte, lo demás había sido habilitado en dependencias de trabajo. Archivos, una salita especial para el video de alta definición, una pequeña sala de operaciones quirúrgicas con aseos y luego, una puerta cerrada.

Susi se acercó hasta pegar su oído contra la puerta. No tenía la llave de aquella puerta que la inquietaba profundamente.

Contuvo la respiración y casi las pulsaciones de su corazón. Pudo oír con claridad una respiración rítmica, fuerte, monótona y el ruido de algo, como una pequeña tapa, que se cerraba cada dos o tres segundos. También podía oír un pitido que conocía bien, un pitido rítmico.

Aquella puerta carecía de pomo, solo se podía cruzar empleando una llave, llave que Susi no tenía.

Delante de aquella puerta cerrada se sintió pequeña e insignificante. Con temor de ser oída inquirió:

—¿Estás ahí, estás ahí?

No había respuesta para la insistente y reiterativa pregunta de Susi que, nerviosa, comenzó a golpear con los puños la puerta que no cedió.

Sintió que los ojos se le anegaban en lágrimas y dejó que su cuerpo resbalase contra la puerta hasta quedar sentada en el suelo.

—¿Qué haces aquí?

La pregunta la sorprendió tanto que ahogó un grito de miedo.

Peter se le acercó, la miraba con reproche.

—¡Vete, vete al infierno! —le gritó la joven sin apartarse de la puerta contra la que apretaba su menudo cuerpo.

—Sabes que no puedes estar aquí.

—¡Vete al infierno, déjame!

—¿Al infierno? —soltó una carcajada, seguro de que allí nadie iba a oírle—. ¿Dónde está el infierno, acaso no es esto?

—¡Te odio, Peter!

—¿A mí?

—¡A todos, a ti, a mi padre, a mi hermano, os odio a todos, a todos!

—¿Y a tu amiga Vanessa no, a ella no la odias?

—¿A Vanessa? ¿Qué insinúas, sapo repugnante, qué insinúas?

Peter volvió a reírse, seguro de hacer daño con sus carcajadas.

Se inclinó sobre la joven rubia y aniñada. Esta, al tratar de escapar, quedó atrapada por las manos del fornido Peter que en dos segundos le subió las faldas y destrozó sus bragas.

—¡Noo, noo! —chilló, llegando a golpear el rostro de Peter, golpes que a este no parecieron afectarle lo más mínimo.

—No te frenes. Me gustas arisca y cuando vuelvas a traer a tu amiguita, prepáramela, será un gran placer para mí hacerle todos los honores que se merece.

—¡Canalla!

Susi dejó de luchar. Estaba exhausta y se sentía demasiado débil para vencer a Peter zafándose de él. Tampoco quería luchar para darle más placer del que se tomaba por la fuerza con su cuerpo

pequeño y delgado, algo escurrido de pechos y caderas.

CAPÍTULO VI

—Susi…

Susi se volvió hacia Vanessa y la besó en ambas mejillas.

—Has llegado muy tarde. Hemos perdido pista, ha sido una lástima.

—He estado ocupada —se disculpó Vanessa. Se fijó en la cara demacrada de su amiga, opinando—: Parece que te encuentres mal. ¿Te ha ocurrido algo?

—Oh, no, ¿por qué?

—No sé, tienes la cara estirada, pareces afectada por algo.

—Tonterías. Ya no podemos jugar tenis —la cogió de la mano—. ¿Te vienes a casa? Podemos estudiar juntas, en la biblioteca no nos molestará nadie. Mario anda por casa.

—Verás, es que he venido con un amigo.

Vanessa se volvió hacia Tony que estaba a pocos pasos de ella. Susi hizo lo propio y al descubrirle, al mirarle el rostro, no disimuló la favorable impresión que le causaba. Sin embargo, objetó—: Es que mi padre no quiere gente extraña en casa. ¿Quién es?

—Se llama Tony —dijo Vanessa sencillamente.

—¿Tony qué más?

—¿Y qué importa? Es mi amigo, pero si no le recibís a él, tampoco voy yo.

—Bueno, no te pongas así, no es para tanto. Anda, preséntamelo.

—Tony, esta es Susi. No me traiciones con ella.

—Eso sería imposible —suspiró Susi—. Eres demasiado guapa.

Tony y Susi intercambiaron besos en sus respectivas mejillas y hasta se creó una corriente de confianza entre ambos.

—¡Qué chico más guapo y más fuerte te has buscado!

Delante del propio Tony que sonreía, Vanessa explicó:

—Solo somos amigos, pero Tony es un chico muy especial, ha viajado mucho.

—Mario también —replicó Susi.

—Imagino que habremos viajado de distinta manera —opinó Tony siempre sonriente—. Yo he viajado sin pisar un hotel, lavando

platos, barriendo calles, limpiando coches, enterrando muertos.

Susi se asombró.

—¿Enterrando muertos, dices?

—Sí.

—Eso no me lo habías contado —le dijo Vanessa en tono de simpático reproche.

—Tenía que ganarme la vida. Trabajando con unos y con otros he conocido mejor a la gente, sus trabajos, sus problemas.

—Y total, ¿para qué? —preguntó Susi.

—Quizás acabe escribiendo un libro de relatos.

—¿No te cansas de vivir como un paria? —insistió Susi.

—No por ahora. He vivido muchos ambientes y situaciones, a veces han sido divertidas y otras muy dramáticas.

—Vamos a tomar algo a la terraza cubierta —indicó Susi. Mirando a Tony, añadió—: No temas por los precios, cargarán las consumiciones en mi cuenta.

—No acostumbro a que las mujeres me inviten —objetó Tony.

—Pues, no tomes nada —le dijo Susi—. Vanessa y yo sí tomaremos.

—Bien, si el camarero me trae un vaso de agua me conformo —aceptó Tony.

Sentados delante de las grandes cristaleras desde las que se dominaban las pistas de tenis y ya frente a unos olorosos refrescos, Susi pidió:

—Cuéntanos uno de esos casos dramáticos.

—He visto morir a gente. Conocí a un chico que se inyectó una multidosis de droga *ex profeso* para suicidarse sin dolor.

—Creí que los de las sobredosis morían por accidente —confesó Vanessa antes de acercar sus labios a la pajita que se hundía en el refresco coloreado y que tenía una rodaja de naranja clavada en el borde de la gran copa.

—De los que mueren por sobredosis, algunos son por accidente, desconociendo las víctimas lo que les podía ocurrir. Otros mueren por suicidio, sabiendo muy bien cuál es la sobredosis que se inyectan y los hay que son verdaderos asesinatos.

—Pero, esas situaciones trágicas que has dicho vivir...

—Bueno, alguna se debe a mi experiencia como enterrador ocasional, que no vocacional.

Sonriendo escéptica, Vanessa inquirió:

—¿Crees que hay enterradores vocacionales?

—No lo sé, por herencia familiar, seguro. Veréis, una vez llegó un personaje al cementerio por la noche...

—¿Un ladrón de cadáveres? —preguntó Vanessa, tomándose la narración como algo divertido.

—Más o menos. El hombre, cuidando de no ser visto, abrió un ataúd y se enfrentó con un cadáver. Le cortó la cabeza y las manos, llevándoselas consigo.

—¡Qué repugnante! —exclamó Vanessa.

—¡Qué horror! —exclamó Susi también—. ¿Qué quería hacer con eso que se llevó?

—No lo sé, para mí es un misterio, pero él robó la cabeza y las manos. Quizás no quería que el cadáver descansara en paz por toda la eternidad. Un asunto realmente desagradable en mi opinión.

Vanessa, algo escéptica pero ahora sin sonreír, preguntó:

—¿Crees que se puede impedir el descanso eterno de alguien robando la cabeza y las manos de su cadáver?

—No lo sé, pero existen muchas sectas extrañas, satánicas. El que no se hable demasiado de la magia negra no quiere decir que deje de practicarse.

—¿Seguro que no acabas de inventarte esta historia? —preguntó Susi abiertamente, con mucha confianza, como si ya hiciera mucho tiempo que le conociere. Tony caía bien a la gente, especialmente a las mujeres que inmediatamente confiaban en él.

—Podéis creerlo. Es cierto que se llevó la cabeza y las manos del cadáver porque aquella noche estuve yo allí. Yo era el enterrador o, mejor dicho, el desenterrador que sacó el ataúd del nicho.

—Qué macabro, parece una película de terror. ¿Y no tenías miedo?

—No —respondió Tony—, pero me preocupó lo sucedido. ¿Para qué querría aquel personaje la cabeza y las manos del cadáver?

La pregunta fue hecha a Susi tan directamente, mirándola a los ojos, que Vanessa, dándose cuenta de ello, palideció.

—Bueno, Tony y yo tenemos prisa —dijo de pronto.

—¿Prisa? Llegáis tarde y encima tienes prisa —se quejó Susi—. Vamos a mi casa.

—¿A tu casa? Si a tu padre no le gusta la gente extraña, tú

misma lo has dicho —le recordó Vanessa.

—Tú no eres extraña, ya sabes que siempre eres bien recibida.

—Pero Tony, no, y ahora no quiero dejarlo solo.

—¿Tienes miedo a que te lo quiten? —inquirió Susi burlona.

—Bueno, no está nada mal, aunque sea una tonta por decirlo delante de sus barbas.

—Oye, Tony —interpeló Susi directamente—, ¿no has probado a quitarte la barba?

—No, por ahora me siento a gusto con ella. Además, me va muy bien para haceros cosquillas a las mujeres.

—¿Dónde? —preguntó Susi que seguía coqueteando descaradamente, lo que estaba poniendo nerviosa a Vanessa.

—Pues, en la nariz, en los labios, en los pezones, por el vientre. Sé que también os gusta que os acaricie la espalda con la barba.

—Uauh, Vanessa, tu chico sabe demasiado...

—¿Qué, Tony, nos vamos? —apremió—. ¿No querías llevarme a...?

—En casa tengo una excelente biblioteca —le dijo Susi a Tony.

—¿Y por qué me lo dices?

—Porque tienes cara de gustarte mucho los libros.

—Eres muy perspicaz. Sí, me gustan los libros y si alguna vez echo raíces, seguro que tendré una buena biblioteca, aunque seguro que jamás será tan importante como la que tú quieres mostrarme.

—Mis bisabuelos ya acumulaban libros.

—Imagino que tu casa es muy importante, pero ahora no voy muy legal. ¿Puedo ver esa biblioteca mañana?

—¿Mañana? —repitió en tono de pregunta.

—Sí, claro, mañana. ¿Te va bien a las cinco?

—¿Y a mí no me invitáis? —preguntó Vanessa viendo que lo irremediable iba a ocurrir.

—Tonta, tú siempre tienes abierta la casa de los Guaridor, es más, toda la familia nos enfadaríamos si no vinieras, especialmente mi hermano. Tony, ¿sabías que a Vanessa le gusta mucho mi hermano Mario?

—Susi siempre tan simpática, tan buena amiga —opinó Vanessa sonriendo pero cargada de malos instintos.

—Bueno, “ciao”, hasta mañana —se despidió Susi. Se levantó de la mesa dejando solos a Vanessa y a Tony.

—¿De veras te gusta ese Mario? —preguntó Tony mirándola de reojo.

—¿Y por qué no habría de gustarme? Es un joven muy guapo y muy inteligente, un superdotado que llegará a ser un gran médico como su padre. En cambio, Susi con los estudios no llegará jamás a nada, ha nacido para divertirse, para jugar tenis y vivir las fiestas. Se casará con algún hombre importante y luego se divorciará.

—¿También adivinas el futuro?

—Bueno, ya está bien, dejemos esas tonterías. ¿Crees que no me he dado cuenta de tu maniobra?

—¿A qué te refieres?

—A ti no te gusta Susi, aunque no sé si serías capaz de acostarse con ella si se te pusiera favorable con tal de seguir con tus pesquisas sobre los Guaridor. Todos los hombres abusáis de nosotras, nos violáis más que nos queréis.

—¿Feminista?

—Ni feminista ni no feminista, simplemente que te leo el pensamiento, y también quiero saber si estás seguro de eso que has dicho sobre ese individuo del cementerio. ¿Viste al padre de Susi robando la cabeza y las manos de un cadáver? Porque es eso lo que te interesa averiguar.

—No olvides que aquella extraña y misteriosa noche de la profanación de una tumba, yo era el enterrador.

CAPÍTULO VII

Después de salir de la bañera, Susi secó su delgado cuerpo con una gran toalla, un cuerpo elástico pero en el que las redondeces femeninas apenas se marcaban.

Se colocó frente al gran espejo de su alcoba, no se sentía satisfecha de sí misma.

En su mente apareció la figura desnuda de su amiga Vanessa, tan distinta a ella, tan hermosa como mujer que incluso deseaba acariciarla, besarla.

Cerró los ojos y dejó de verse a sí misma. Vio de nuevo a Vanessa que no se borraba de su pensamiento. La vio moverse frente a ella, mirándola provocativa, riéndose de ella, recostándose en la cama. Deseó besar su piel suave, seguir con sus labios sus curvas sensuales. Ansió chupar de sus senos como si fuera una recién nacida hambrienta.

Tan entregada llegó a estar en aquella ensoñación de vigilia que comenzó a excitarse, a sentir que su cuerpo demandaba amor, contacto y calor humano.

Un ruido la arrancó de su placer imaginario. Dejó de pasarse sus propias manos por su cuerpo desnudo y miró hacia la puerta de la alcoba que tenía la llave puesta.

Alguien desde el exterior movía el pomo tratando de abrir sin conseguirlo. Susi comenzó a respirar con más fuerza, como si faltara el aire en sus pulmones.

En cuatro zancadas, impulsándose sobre la mullida moqueta con sus pies desnudos, llegó hasta la puerta y trató de ayudar con su cuerpo para impedir que fuera abierta, rompiendo su intimidad.

—Susi, Susi —llamaba una voz masculina en tono bajo, temerosa de ser oída por alguien más.

La joven rubia contenía la respiración para que ni siquiera el aliento pudiera delatar su presencia junto a la puerta.

—Susi, sé que estás ahí. Vamos, abre, sé que estás ahí. Sé buena, yo soy bueno contigo.

Era la voz de Mario y Susi seguía conteniendo hasta el aliento

porque no quería franquearle la entrada. Sabía lo que ocurriría, lo que tantas veces había ocurrido desde que ella era una adolescente, casi una niña que no llegaba ni a la adolescencia. Mario, el superdotado de la familia, fuerte, alto, atractivo, había ejercido un poderoso influjo sobre Susi en la niñez y había abusado de esta influencia para saciar sus propios y retorcidos deseos.

Frente a Mario, Susi era débil física y moralmente. Había llegado a odiar y a amar a su hermano, todo al mismo tiempo, pero no deseaba que siguiera utilizándola. Por ello, continuó en silencio, por ello haría todo lo posible para que Mario se fijara en otra mujer y consiguiera así una normalidad que no le perjudicara en su futuro profesional que se auguraba brillante.

—No seas tonta. Vamos, abre.

Susi permaneció quieta. No se dejaría atrapar más por su fuerza, por su encanto, por su belleza varonil, por su inteligencia, facetas de Mario que ella siempre había admirado, pero que la habían hundido en un pozo de infinita repugnancia.

Mario dejó de forcejear en el pomo de la puerta y se alejó de la alcoba. Susi respiró profundamente, sintiéndose más tranquila. Regresó al espejo y se miró, musitando:

—Entiendo a Peter, pero a ti no te entiendo Mario, no te entiendo.

Susi se sorprendió aquel mediodía al ver a su padre en el pequeño comedor que se hallaba junto a la cocina y que utilizaban cuando solo eran dos o tres en el almuerzo.

—Hola, papá. Creí que comerías en la clínica como sueles hacer.

—Tenía cosas que hacer aquí y he avisado por teléfono a Patricia.

En aquel momento apareció Patricia, la joven filipina que hacía de cocinera y servía la mesa. No llevaba a cabo más funciones en la casa y como los demás criados, pernoctaba fuera de la residencia.

Peter era el único que dormía en la casa. Más que chófer, era el hombre de seguridad y algo más, pero no comía en la mesa con los Guaridor.

—Así estaremos menos solos Mario y yo —comentó Susi con una sonrisa débil.

—¿Y cuándo yo estoy en el extranjero? —inquirió Mario.

—Como por ahí —respondió evasiva, sin mirar a su hermano

que estaba al otro lado de la mesa frente a ella.

Mientras Patricia servía el almuerzo con su eterna sonrisa, el doctor Guaridor preguntó sin apenas mirar a su hija:

—¿Y Vanessa?

—Bien, papá.

—Es una chica muy interesante.

—Sí, papá, su hiperestesia es muy fuerte, aunque sé que ella lo disimula.

—¿Y su hipnosis?

—No ofrece resistencia, si es a eso a lo que te refieres.

—No ofrece resistencia porque fuiste tú la que utilizó el aparato. Ella confía en ti. ¿La traerás pronto otra vez?

—Esta tarde.

—Interesante, interesante. Precisamente yo no he de salir hasta mañana, tengo muchas cosas que hacer aquí. Probarás de nuevo pero sin que ella recele, ¿comprendido?

—Sí, ella confía en mí; sin embargo...

—¿Sin embargo qué? —preguntó Mario—. Yo puedo ayudarte, ya sabes que estos temas también me interesan, aunque cuando consiga mi título de cirujano neurólogo no podré admitir los fenómenos paranormales.

—Sí, tú eres capaz de mentir con el mayor descaro. Llegarás lejos, Mario.

—No lo dudes, hermanita, y siempre cuidaré de ti.

—Ya sé cuidarme sola —replicó con dureza.

El padre captó la intención de la réplica y miró alternativamente a sus hijos.

—Haya paz.

—Papá, es que Mario es tan superdotado que resulta insoportable.

—Deberías estar contenta de tener un hermano como yo, un hermano que, puedes estar segura, no te va a dejar nunca.

—¿Nunca? Sería bueno que me liara la manta a la cabeza y me casara. Por cierto, esta tarde Vanessa vendrá con un amigo.

—¿Un amigo? —el padre frunció el ceño.

—No temas, papá, no dejaré que husmee en esta casa, solo vendrá a pasar el rato. Es un chico alto, moreno, muy inteligente.

Mario trató de sonreír, pero la sonrisa se le helaba en los labios.

Sostuvo la cuchara de sopa frente a él mientras miraba a su hermana por encima del cubierto.

—Si es amigo de Vanessa... Por cierto, Vanessa es muy bonita.

—Sí, pero a ti no acaba de gustarte, ¿verdad, Mario?

—Tengo gustos muy especiales.

—Sí, demasiado espaciales —añadió Susi con marcada intención.

—Susi, ya sabes que no me gusta ver gente extraña en casa. Vanessa es un caso especial, además me interesa como material de experimentación.

—No hables así delante de ella, papá, se asustaría y no volveríamos a verla jamás.

—No soy tan tonto, hija, ni tú pienses eso de ella si sabes que es capaz de captar el pensamiento por hiperestesia. Es una situación peligrosa. Debes distraer tu mente con cosas alegres cuando estés junto a ella.

—Ya lo hago, papá. En realidad, paso por más tonta de lo que soy, y no te vayas a reír ahora, Mario, sería demasiado estúpido por tu parte.

—¿Siempre tenéis que discutir? —preguntó el doctor Guaridor a sus hijos, sin mostrarse demasiado molesto.

—Por lo visto, ese joven interesa mucho a Susi —opinó Mario—. ¿No es así?

—¿Te importaría? —replicó ella, provocona.

—Si Vanessa lo considera suyo...

—Vanessa puede ser muy bonita e hiperestésica, pero está bajo el poder de los Guaridor aunque ella no lo sepa todavía, y a ese joven puede que llegue a interesarle yo más que Vanessa desde el mismo momento que pise esta casa.

El padre inquirió:

—¿Qué te propones, Susi? Ya sabes que Peter tiene órdenes concretas respecto a los intrusos.

—Tony no será ningún intruso. Es mi invitado, yo me encargo de él, no será peligroso sino todo lo contrario.

—No quiero problemas, y si hay que hipnotizar a la chica, mejor que él no esté en casa.

—Lo haremos marchar antes, papá, ya tengo pensado un plan.

Mario se burló.

—Al final, Susi resultará la más lista de la familia. ¿Se puede saber cuál es ese plan?

—Ya le sabrás en su momento.

—A las once y media de la noche sería bueno tener a Vanessa hipnotizada —puntualizó el padre—, y sin que ella se entere de que yo estaré luego cerca de ti para darte instrucciones. En su mente, por si algún día llegara a descubrirlo, la hipnotizadora serás tú y todo será como un juego.

—Papá, ¿crees que ella va a recordar algo de lo que le suceda cuando despierte?

—No, si no queremos.

—Y la médium, ¿pudo recordar algo antes de morir?

—¿De qué médium hablas? —preguntó el doctor Guaridor.

Mario dijo:

—No sabía que conocieras a ninguna médium.

—Entendido, nadie sabe nada de la médium, solo los dóberman que la hicieron pedazos.

—Por favor, hija, estamos almorzando y hay temas que es desagradable tocarlos en la mesa —le reprochó el padre con tono cariñoso.

—Fue repugnante.

—Controla tu lenguaje, hija, ahí viene Patricia. Recuerda todo lo que te he dicho, deseo bucear en la mente de esa chica e insisto que su amigo sería mejor que no apareciera por aquí. No quiero problemas y los enamorados siempre traen complicaciones.

—¿Cómo sabes que está enamorado de ella, papá?

—Porque tú quieres arrebatárselo, hija.

Mario se echó a reír burlándose de su hermana. Susi apretó los labios con rabia al tiempo que fruncía el ceño. En aquellos momentos podía estar engendrándose en la mente femenina el embrión de la venganza.

CAPÍTULO III

El furgón de color ocre claro se hallaba estacionado en la calle como un vehículo más que no encontraba un parking donde guarecerse. Vanessa se acercó al vehículo con interés, como si a través de su carrocería metálica pudiera ver lo que había dentro.

Se detuvo junto a una de portezuelas del furgón cuando sintió que le ponían la mano sobre el hombro. Se volvió, descubriendo a un joven alto y bien parecido que la sorprendió.

—¿No me reconoces?

—¡Tony!

—¿Tan raro estoy sin bigote y sin barba? —preguntó sonriente, como un niño que estuviera jugando con ventaja.

—Pues sí, estás distinto, ha sido una sorpresa. Los ojos son los mismos, la altura y...

—No vayas a decirlo todo, podrían oírte y sería un escándalo.

Vanessa se sonrojó ligeramente y sin poderlo evitar, miró de reojo en derredor como temerosa de ser oída.

—Anda, sube.

—Tony, el otro día no sé qué me ocurrió, fui incomprensiblemente débil, pero ahora...

—¿Ahora qué?

—Bueno, que tenemos que ir a la residencia de los Guaridor. ¿No es eso lo que querías?

—Sí, claro, y no te estaba insinuando nada más. Eres muy mal pensada.

—¿Me estás tomando el pelo?

—No, claro que no, solo juego un poco contigo.

—¿Cómo el gato con el ratón?

—No te lo tomes así, solo bromeo.

—Pues no me gusta que bromees demasiado. En realidad me das miedo. Esa historia del hombre que robó la cabeza y las manos de un cadáver me produce escalofríos. ¿Insistes en que fue el doctor Guaridor?

—Necesito pruebas, ya te lo dije. En realidad, vi a su matón, a

su hombre de confianza. Luego, el coche...

—¿El coche?

—Sí, su coche tuvo problemas. Yo conocía bien los alrededores del cementerio en el que llegué a ser ayudante del sepulturero y cuando el coche se alejó, yo descendí por un atajo. El vehículo tenía que rodar por un mal camino. Yo llegué antes que él al sitio que me convenía y puse unos clavos. Solo tuve que esperar a que pinchara.

—¿Le tendiste una trampa?

—Así es y tuve la suerte de que pincharan tres ruedas, porque solo tenían una de repuesto. El matón cambió una rueda y los dos se alejaron a pie. Era de noche, no les vi bien, temía ser descubierto.

—¿Y tú qué hiciste al verles marchar?

—Rompí un cristalito y pude abrir el coche.

—¿Cómo un ladrón?

—Sí, pero no pretendía robar. En realidad, aún no sabía qué diablos habían hecho en el cementerio. Encontré documentación y estaba claro el nombre del doctor Guaridor y su domicilio.

—Todo muy novelesco —opinó la joven sentándose en el asiento junto al conductor mientras él accionaba la llave del motor de arranque.

—Después, regresé al cementerio. Deshice el tabiquillo del nicho que estaba recién levantado. Saqué el ataúd, lo abrí y descubrí lo que había hecho.

—¿Y no podría ser que él estuviera comprobando que había ocurrido ya lo que tú viste?

—Si te refieres a que al cadáver podían faltarle la cabeza y las manos con anterioridad, es posible. De todos modos, en este asunto no huelo a ciencia médica sino a profanación de tumbas y brujería.

—¿Crees en la brujería? —preguntó Vanessa mirándole muy directamente.

—Si lees en mi pensamiento te darás cuenta de que no, es decir, no creo en los poderes de las supuestas brujas, pero sí creo que se hacen prácticas de brujería y magia negra, y supongo que en los rituales de misas negras y aquelarres se llevarán a cabo muchas aberraciones. En el caso del doctor Guaridor, puede que haya un acentuado interés por la necromancia o necrofilia. De todos modos, allí hubo una profanación de tumba. Yo participé en ella por unos

duros y ahora quiero saber por qué y hasta dónde llegó todo aquel asunto que me huele francamente mal.

—¿Y no sería mejor olvidarlo? Después de todo, solo era un cadáver —le observó Vanessa mientras él efectuaba la maniobra para salir del estacionamiento. Poco después, el furgón ya rodaba por la amplia calzada.

—Sí, podría olvidarlo, pero ¿y si la cabeza y las manos de aquel cadáver solo son el cabo de una madeja?

—Estás tratando de descubrir algo que supones será espantoso, ¿no es eso?

—Quizás, es el olfato, y me extraña que tú, con tus poderes hiperestésicos, no hayas descubierto ya algo al frecuentar a esa familia.

—La verdad es que sí he sospechado cosas desagradables de ellos. Sé que toda la familia Guaridor no es buena, pero hay algo, algo que no controlo que me obliga a acercarme a ellos.

—¿Y no será también un morboso interés por llegar a saber más de ellos como me sucede a mí?

—No lo sé —confesó sincera.

—Pues, parece una extraña relación la tuya con esa familia ¿Lo intuyen ellos?

—Creo que no. Susi es una buena amiga, tiene cosas especiales.

—¿Cómo qué?

—Prefiero no hablar sobre ello. ¿Te importa?

—No, no me importa, es tu amiga, y yo todavía soy una especie de desconocido que te ha violado.

—¿Violado? —Vanessa se sonrojó levemente al tiempo que se reía—. Me cogiste en un momento débil, creí que nunca lo tendría.

—Todos somos débiles en un momento u otro, de lo contrario no cometeríamos tantas estupideces a lo largo de nuestra vida, y tampoco seríamos tantos en el mundo. Por cierto, ¿tomas la píldora?

—Vete al infierno —replicó ella con una risita.

—Si dentro de unas horas desapareciera de tu vida, ¿qué pensarías de mí?

—No lo sé —respondió ambigua mientras observaba que se iban acercando a la calle donde se ubicaba la residencia de los Guaridor —. Posiblemente me olvidaría de que te he conocido.

—No lo creo.
—¿Tan seguro estás de ti?
—La otra noche lo sentí en mi piel y en la tuya, ya no nos podemos olvidar mutuamente. Los dos vibramos a un tiempo.
—No me acuerdo —dijo evasiva—. Además, no me gusta que me recuerdes tanto el momento de debilidad que tuve, es probable que no se repita nunca. Mira, ahí está la casa de los Guaridor.
—Sí, ya me he fijado en ella. Pasaré un poco de largo y estacionaré el furgón, no quedaría bien entrar con un furgón en esa residencia de gente bien. Si preguntan, diremos que hemos llegado en taxi.
—No me gusta mentir.
—Pues, deja que lo haga yo por ti sí se presenta la ocasión —dijo Tony cínicamente.
Cuando llamaron al timbre de la puerta enrejada, se oyeron con claridad los ladridos broncos y amenazadores de los dóberman. Por el interfono se dejó oír la voz de la propia Susi.
—¿Vanessa?
—Sí, abre. Que no vengan los perros.
Les dóberman no aparecieron y dejaron de ladrar, acababan de recibir la orden concreta a través del silbato ultrasónico.
La verja se abrió electrónicamente. Tony y Vanessa avanzaron por el corto sendero de arena que conducía a la entrada de la casa y por el que rodaban los automóviles para luego continuar hacia el garaje.
Las mansiones como aquella habían ido desapareciendo de los alrededores para dejar paso a edificios colmena o para convertirse en guarderías infantiles o residencias para subnormales.
Susi salió a recibirles muy efusiva. Besó en las mejillas a su amiga y se quedó con los ojos muy abiertos mirando a Tony.
—¿Y tu bigote, y tu barba?
—Eso mismo me ha preguntado Vanessa. Quería lavarme la cara y a veces resulto algo bruto en mis decisiones, pero el bigote y la barba volverán a aparecer, palabra.
—Por mí no lo hagas —le dijo Susi—. Me gustas así.
Vanessa opinó:
—A mí me gusta más con barba recortadita.
En el vestíbulo apareció Peter, el chófer guardaespaldas de los

Guaridor. Se quedó mirando fijamente a Tony y este le devolvió la mirada con la misma fijeza de desafío.

—¿No nos hemos visto antes?

—Quién sabe, he estado en un manicomio últimamente. ¿También eres médico?

—Yo, no. ¿Y tú?

—Tampoco, pero como sé que el padre de Susi lo es y también su hermano.

—Mario todavía no se ha doctorado —puntualizó Susi—, pero lo hará pronto. Es un genio. Ya tiene ofertas de varios hospitales y clínicas para que haga prácticas de interno residente en especialización. Peter es nuestro chófer y hombre de confianza, él cuida de los perros y de la seguridad de la casa.

—O sea, que es el cancerbero.

Susi señaló:

—Ahí viene Mario.

Mario, alto, rubio, sonriente, de caminar elástico, se les acercó y tendió la mano a Tony. Encajaron sus respectivas diestras y los dos, como sin intención, apretaron con fuerza. Ambos sonrieron sin decir nada. Con aquel apretón de manos, hicieron un principio de medida de sus respectivas fuerzas y ambos debieron de pensar que en el primer enfrentamiento habían empatado.

—Tenemos un pequeño gimnasio. ¿Quieres verlo? Quizás puedas demostrarme hasta qué peso puedes levantar —propuso Mario.

Tony vaciló un poco.

—No tengo ganas de demostrar nada, pero si lo que tú deseas es demostrarme algo, ¿por qué no?

—Bien, id —dijo Susi—. Vanessa y yo iremos a la biblioteca, tengo algo que enseñarle.

Tony miró a Vanessa y le pareció ver algo de miedo en sus ojos, pero no estaban en aquella casa para interrogar descaradamente. Tenían que ganarse la confianza de la familia si querían descubrir algo.

Vanessa siguió a Susi. Esta la cogió cariñosamente por el brazo mientras le cuchicheaba:

—Tony está más guapo sin barba.

—A mí me gusta con ella.

—¿No te gusta más Mario? Siempre me decías que te caía tan

bien.

—Sí, Mario me gusta, pero… Tony es otra cosa.

—Vaya, vaya, te has enamorado de ese desconocido. ¿Acaso le has leído el pensamiento?

—Sí.

—¡Chica! ¿Y qué había escrito en esos pensamientos, que te adora?

—Pues, que le gusto, eso lo tengo muy claro. Sé que es sincero y que tiene un carácter especial. Vivir con él no creo que dé estabilidad, pero sí puede dar emociones.

—A las emociones se acostumbra una y dejan de ser emociones, luego hace falta la estabilidad y el confort. ¿No crees?

—Pues, no lo sé. Yo jamás tendré una casa como esta.

—Anda, pasa, quiero que me cuentes muchas cosas sobre tu Tony.

—Susi, que te veo las intenciones…

—¿Qué intenciones? —preguntó, apenas controlando una risita.

—Que te gustaría atraerlo hacia ti. Me he dado cuenta de que te has emocionado al verle.

—Bueno, los sentimientos no se pueden evitar. Tony es un chico atractivo, por eso a ti también te gusta.

—Lo que no sé es por qué odias a Mario.

Al darse cuenta de que palidecía, Susi le dio la espalda a Vanessa, adelantándose hacia la puerta de la biblioteca. Aquel comentario indicaba que Vanessa sí había leído en su mente porque aquel era uno de sus secretos más íntimos y mejor guardados. Soltó una pequeña carcajada.

—¿Odiar a Mario? Qué tontería. Tú, como eres hija única, no sabes de estas cosas, pero los hermanos siempre terminamos peleándonos, cualquier pretexto sirve para tener una bronca. Una vez, un psicólogo me dijo que solo se trataba del egoísmo de cada uno, de tratar de acaparar la atención de los padres.

Vanessa no replicó.

Susi cerró la puerta de la biblioteca y después abrió el armarito del que sacó la circunferencia negra que tenía el ojo móvil.

—¿Qué vas a hacer? Ese artilugio ya me le enseñaste —observó Vanessa con cierto recelo hacia aquel ojo engarzado en la oscuridad, como un plenilunio maligno clavado en el firmamento.

—Anda, siéntate ahí, verás cómo tiene algo muy espacial que te sorprenderá.

—¿Por qué no vamos con los chicos?

—Siéntate —casi exigió Susi mientras encendía el ojo de aquel aparato hipnotizador, un ojo que comenzó a oscilar sobre el fondo negro.

Vanessa quedó atrapada por su influjo mientras Susi cerraba la luz y hacía destacar más aún aquel ojo que brillaba al tiempo que se movía pendularmente.

* * *

—Ciento cincuenta kilos es un peso muy considerable —opinó Mario que, habiéndose quedado en pantalones y camiseta, afianzó sus manos sobre la barra de las pesas. Aspiró a fondo, se concentró y logró levantar aquel peso en dos tiempos. Luego, dejó caer las pesas sobre el suelo de madera enmoquetada—. ¿Qué te parece? —preguntó, expulsando aire con fuerza de sus pulmones.

—Pues, que eres fuerte.

—¿Te atreves a conseguirlo?

—No, paso —respondió Tony rechazando la competición en aquel pequeño gimnasio privado que poseían los Guaridor.

—¿Tienes miedo de romperte la espalda?

—Si tuviera ya cincuenta "tacos", quizás, pero es que yo no participo de la filosofía de querer ser el número uno en nada.

—¿Y eso no te preocupa? —le preguntó Mario con una sonrisa de desdén.

—En absoluto. Imagino que entre tus compañeros de estudios serás el número uno en varias disciplinas, pero yo cuando niño, no fui a un colegio en el que me empujaran a la competitividad constante. Total, eso solo conduce al fracaso, a las frustraciones.

—Eso será si no tienes calidad suficiente para ser el número uno en algo. Tu respuesta es la de los fracasados y siendo un joven, sentirse fracasado debe ser grave.

—Pues, no lo sé, porque yo no me siento fracasado. Vivo la vida como viene. Disfruto del camino sin importarme la meta.

—Entonces, ¿a qué aspiras tú?

—A vivir, ya te lo he dicho, no creo en la inmortalidad.

—La inmortalidad está reservada a los genios, a los números

uno.

—¿Una inmortalidad que queda reflejada en unos libros, en unos documentos, quizá en una estatua?

—Sí, ¿por qué no?

—¿Y cuánto puede durar una inmortalidad de ese tipo diez mil años, acaso veinte mil?

—Eso es mucho —opinó Mario—. Es la gloria.

—Para mí, eso no es nada, el planeta tiene muchos millones de años. Además, llegará un día en que todo lo de la tierra desaparecerá y lo que llamáis inmortalidad, también.

Mario, despreciativo, casi escupió:

—Veo que no crees en nada.

—Los que creéis en mucho, lo que hacéis para conseguir vuestros logros y subir más alto es aplastar a vuestro prójimo poniendo vuestras pesadas y humillantes botas sobre los que derribáis a vuestro paso.

—Tu filosofía no me gusta nada.

—A mí la tuya, tampoco, pareces un nazi.

—Bah, lo que pasa es que eres un cobardón que te cagas.

—Estoy en tu casa y en compañía de una amiga. No voy a dejarme provocar, no merece la pena.

Mario recogió su camisa. Mientras se dirigía hacia la puerta, dijo despreciativo:

—Olvidémoslo. Las chicas no lo entenderían, aunque me hubiera gustado que te vieran y oyeran aquí.

—¿Especialmente quién, Vanessa o tu hermanita Susi?

Mario le lanzó una mirada penetrante pero no dijo nada y salió del pequeño gimnasio.

A la salida casi se tropezaron con Peter.

Tony volvió a sentirse escrutado por el guardaespaldas.

—¿Me ha pasado algo en la nariz? —le preguntó directamente.

—No sé.

—Entonces, ¿por qué me miras tanto?

—Porque, insisto, creo haberte visto en alguna otra parte.

La tarde, fría y desapacible, moría con rapidez.

Mario y Tony encontraron a las muchachas en la salita del refugio lúdico donde una cadena de alta fidelidad, con discos compact, dejaba fluir la vibrante música por el sistema

cuadrafónico.

Allí dentro todo era música. Susi había apagado las luces normales, directas e indirectas, para conectar dos columnas controladas por un "chip" que disparaban intermitencias de luces verdes, azules, amarillas y rojas, destellos potentes que impedían fijar la vista con atención en un solo lugar. Entrar en aquella salita era como hacerlo en una discoteca.

Susi inquirió:

—¿Qué os parece esta música?

—¿Quééé? —preguntó Tony, dando a entender que apenas podía oír lo que Susi decía debido al elevado volumen de la trepidante música que hacía temblar hasta los huesos.

Susi se volvió hacia una vitrina-bar y preparó un *gin-tonic* para Tony y otro para Mario. Les entregó sendos vasos, diciéndole a su hermano:

—No te he puesto ginebra.

—¿Tónica solo?

—Sí, como a ti te gusta —respondió, casi a gritos para hacerse oír.

Mientras bebía, Tony observó a Vanessa que parecía distraída escuchando la música.

Pasó el rato. La música continuaba obsesionante. Vanessa se levantó de su butaca, cogió a Tony del brazo y le pidió:

—Vámonos.

Mario se quedó en la salita sin interés alguno por despedirse. Tony agradeció aquella situación, no tenía deseos de discutir con aquel narciso.

Susi les acompañó hasta la puerta de la casa. Allí en el atrio se detuvo y besó a Tony en las mejillas diciéndole después:

—Hemos de vernos más, tienes que venir más por casa.

—Sí, seguro que vendré por aquí, pero preferiría escuchar otro tipo de música y a un volumen más bajo.

Vanessa seguía distraída. No se besó con Susi y echó a andar hacia la verja del jardín que daba acceso a la calle.

Tony preguntó:

—¿No te has aturdido?

—Me gusta la música y me siento bien en esta casa.

—¿Seguro que te sientes bien? ¿No decías que esta familia te

preocupaba?

—No sé —respondió ambigua.

Al llegar a la puerta, la propia Vanessa la abrió oprimiendo un botón y cuando Tony creía que iban a salir juntos, ella se alzó de puntillas y le besó en ambas mejillas.

—Nos veremos mañana.

—¿Cómo, es que no te vienes conmigo?

—No, me quedo. He de repasar unos apuntes con Susi, ya te veré mañana.

—Te encuentro muy rara —opinó preocupado—. ¿No sería mejor que vinieras conmigo?

—Nos veremos mañana, no seas pesado.

Vanessa le empujó levemente hacia el exterior y la puerta de rejas se cerró.

—¿De verdad te encuentras bien? —insistió Tony ya desde el otro lado de la puerta.

—Sí, claro, hasta mañana —se despidió.

Dándole la espalda, deshizo el camino de regreso a la casa cuando ya se encendían las luces de las farolas de la calle y comenzaba a lloviznar.

Tony estaba desconcertado.

Había utilizado a Vanesa para introducirse en la residencia de los Guaridor, pero se había enamorado de ella. ¿Qué había ocurrido mientras Mario y él estaban en el gimnasio?

Estaba seguro de que había sucedida algo, de lo contrario no se entendía la forma de actuar de Vanessa.

Vació sus pulmones con un largo suspiro. El aliento se hizo visible en el aire debido a la combinación ambiental de frío y humedad.

Hundió las manos en los bolsillos de su cazadora de piel negra y fue en busca de su furgón-hábitat cuando comenzó a sentir un ligero dolor de cabeza, vahídos leves, como si hiciera muchas horas que no hubiese comido y se encontrara desfallecido por hambre.

Se sentó al volante del furgón y lo puso en marcha.

Los vahídos aumentaron. Agitó la cabeza, mareado, y cuando quiso darse cuenta, el vehículo se estrellaba contra una farola de la vía pública.

Uno de los faros y el cristal parabrisas saltaron hechos añicos

mientras el cuerpo de Tony se derrumbaba contra el volante perdiendo el sentido, con riesgo de que el furgón se incendiara por la colisión y él quedara carbonizado.

CAPÍTULO IX

Susi sostuvo una pequeña campanilla de plata de estilo decimonónico, de las utilizadas para llamar al servicio, y la agitó de manera concreta y singular cinco veces consecutivas.

La mirada de Vanessa semejó cambiar, quedó como hierática. Susi sonrió satisfecha y luego preguntó:

—Vanessa, ¿me oyes?

—Sí —respondió con voz queda.

—Tienes que obedecerme, es por tu bien. Soy tu amiga y te quiero, te quiero mucho, no voy a hacerte ningún daño. Quiero que se te grabe en la cabeza que no te haré ningún daño.

Posó un beso suave en los labios de Vanessa. Esta, pese a hallarse hipnotizada, tensó su cara en actitud de desagrado.

—Anda, ven conmigo.

La tomó de la mano y se la llevó por la escalera hacia arriba. Anduvieron por el corredor de las habitaciones hasta la puerta que daba acceso al amplísimo desván que no estaba cerrada con llave.

El desván estaba iluminado tenuemente con luces indirectas. En una butaca se hallaba encajado el doctor Guaridor, consultando unos escritos. Al descubrirlas, apartó de su vista los papeles y las miró con mucha atención.

—Papá, aquí tienes a Vanessa. No le hagas ningún daño, la qui... la aprecio mucho —dijo Susi, rectificando la frase para que no quedaran patentes sus verdaderos sentimientos.

—No tiene por qué sufrir nada —la tranquilizó el doctor Guaridor—. Susi, es posible que jamás seas médico, pero sí puedes ser psicóloga, hipnotizas muy bien.

—Yo, no, papá, ha sido el aparatito del ojo pendular.

—Sí, pero es imprescindible saber relajar al sujeto.

—Papá, la médium...

—Olvídala.

—No puedo, la vi morir destrocada por los dóberman.

—Fue una estúpida al tratar de escapar, estaba bien cuidada.

—Sí, alimentada y desnuda en una habitación.

—Era necesario. La verdad es que no sirvió para mis propósitos. Vanessa puede ser diferente. Lo que deseo es que luego no recuerde nada de lo que ocurra en su trance hipnótico.

—Papá, lo que suceda dentro del estado hipnótico no se recuerda conscientemente si no se le da la orden de recordarlo, pero queda grabado en la mente para siempre.

—Bah, no tiene importancia. Esos recuerdos solo pueden aparecer algunas veces, mezclados con pesadillas.

—¿Algunas veces o de forma obsesiva? —insistió la muchacha.

—No te preocupes tanto. Ahora, ya puedes irte, no te necesito más para lo que ahora tengo que hacer.

—No.

El doctor Guaridor miró a su hija con dureza. Esta, para quitar hierro a la situación, añadió:

—Yo la he hipnotizado y si estoy a su lado obedecerá mejor.

—Está bien, pero no interfieras. La médium resultó un fracaso, nadie volverá a saber de ella. Espero que Vanessa, con su hiperestesia, me sea más útil.

El doctor Guaridor sacó una pequeña llave de seguridad y con ella franqueó la puerta de una dependencia que permanecía siempre débilmente iluminada. Él encendió otras luces que iluminaron más aquella estancia, pero no de una forma brillante sino indirecta.

Vanessa, en su estado de hipnosis, no se daba cuenta de nada de lo que la rodeaba, pero Susi sí observaba con gran atención.

Centrada en la estancia había una cama estrecha articulada. En ella yacía una mujer rubia que debía haber sido hermosa. Estaba intubada, con respiración mecánica y la sonda nasogástrica para la alimentación. Bolsas de gota a gota colgaban en lo alto junto a la cama y los delgados tubos de plástico terminaban en los brazos femeninos.

Todo olía a desinfección. Era una unidad de cuidados intensivos privada y secreta. Allí no faltaba ningún aparato inventado por la ingeniería y la electrónica médica más avanzada para conservar a un ser humano vivo indefinidamente, aunque fuera en estado vegetativo.

Una pantalla ofrecía en visión y audio un reflejo de los latidos del corazón de aquella mujer que yacía apresada por tantos tubos y electrodos.

Susi, impresionada, musitó:

—Papá, ¿por qué no la dejas morir?

—No, mientras esté en mi mano conservar su cuerpo caliente, su corazón palpitando y sus pulmones respirando.

—Pero, ella respira gracias a ese aparato que hace un ruido sistemático. Su corazón palpita porque le colocaste el marcapasos y su sangre está caliente porque tú la calientas artificialmente.

—Todavía tiene funciones cerebrales, su electroencefalograma no da plano.

—Pero no piensa, papá, lo único que hace su cerebro es mantener alguna función de órganos y no todos. Si desconectaras alguno de esos aparatos que le has puesto, ella moriría dignamente, plácidamente.

—No está muerta aún. La ciencia médica no consigue que ella pueda comunicarse conmigo, la ciencia todavía no, pero el ser humano tiene muchas más posibilidades de las que nosotros los médicos aceptamos oficialmente. Tu amiga puede llegar a captar algún pensamiento de tu madre y transmitírnoslo.

—Y si no hay ningún pensamiento, ¿la dejarás morir?

—Todavía no me doy por vencido. Si te disgusta esta situación, vete y déjanos solos a Vanessa, a tu madre y a mí.

—No, yo me quedo aquí.

—Entonces, colabora.

—¿Tanto amaste a mamá?

Apareció un brillo húmedo en los ojos del hombre. Podía haber sido frío e incluso despiadado con otras gentes, la muerte había pasado por sus manos infinidad de veces y él se había codeado con ella, indiferente. No sabía cuántos certificados de defunción había llegado a firmar, pero Laura era su amor de siempre y para siempre y no se resignaba a perderla.

—No hablemos más. Haz que Vanessa se siente en la butaca junto a la cama.

—Vanessa, siéntate aquí, por favor —le pidió Susi.

Vanessa obedeció dócilmente.

El doctor Guaridor pidió entonces a su hija:

—Dile que debe obedecerme en todo.

—Vanessa, soy Susi. Te pido que atiendas bien lo que te diga mi padre y le obedezcas. Queremos saber lo que piensa mi madre. ¿Me

has comprendido?

—Sí —asintió la joven con los párpados cerrados y bien acomodada en la butaca junto a la cama en la que yacía aquella mujer en coma profundo.

El doctor Guaridor acercó una silla a la butaca de Vanessa y se sentó frente a ella.

—Vanessa, sé que tienes poderes especiales, que tú eres capaz de captar pensamientos que los demás no podemos.

Susi observaba en silencio. Dudaba que su madre, secuestrada en aquella UCI por la obsesión de su padre, llegara a pensar algo que Vanessa lograra captar.

—Vanessa, estás junto a Laura. Ella es una buena amiga tuya, duerme profundamente, pero sueña y tú puedes conoces sus sueños. Todos deseamos ayudar a Laura. Dinos qué sueña ella. Excita tu mente, todos tus nervios, todos tus sentidos... Has de averiguar qué pasa por la mente de Laura, tienes que conseguirlo. A ti no te será difícil. Respira, respira profundamente, respira, aumenta la temperatura de tu sangre, auméntala. Tienes calor y tu mente se excita. Vamos, Vanessa —pidió el doctor Guaridor una y otra vez, de forma incansable.

Susi asistía inquieta a aquella sesión de fenómeno parapsicológico.

—Vanessa, di lo que piensa Laura, yo sé que tú puedes leer su mente. ¡Ella quiere hablar, quiere hablar, quiere hablar!

Ya terriblemente excitada, con los músculos del rostro tensados casi en rictus de dolor, Vanessa negaba:

—¡No siento nada, no siento nada, nada!

—¡Papá, déjala! —suplicó Susi—. ¿No ves que no piensa? ¡Volverás loca a Vanessa, la volverás loca!

—¡Cállate!

Como si acabaran de introducirle unos enormes pulgares por los ojos, removiendo su cerebro, Vanessa comenzó a gritar de dolor.

—Aunque dé casi plano, estoy seguro de que tu madre piensa, piensa en mí, en mí, por eso no morirá, porque piensa en mí.

—Papá, déjalo por hoy, te lo suplico, déjalo. Te harás daño a ti mismo y a ella, si es que todavía piensa como supones. Verás como Vanessa colabora otros días.

Derrotado, con la frente perlada de sudor lo mismo que Vanessa,

el doctor Guaridor abandonó la silla para encaminarse hacia la puerta.

—Salid.

—Ya me ocupo yo de todo, papá, confía en mí. Yo me llevaré a Vanessa, pero déjala descansar ahora.

Exhausto, perdida su arrogancia, el hombre se alejó dejándolas solas.

—Vanessa, tranquilízate, todo está bien, todo está bien.

Susi miró en derredor. Aquel no era el mejor sitio para despertar a su amiga de la hipnosis, sería mejor llevarla a la salita de música y hacer sonar una melodía suave, agradable. Ella no podía ver a Laura Guaridor en aquellas circunstancias tan alucinantes, con tubos y aparatos que conservaban su vida vegetal de forma indefinida por la enfermiza obsesión de su marido.

CAPÍTULO X

De pronto, Susi notó que no estaban solas. Se volvió y le descubrió en el umbral con su sonrisa suficiente.

—Mario…

—Hola, hermanita. Hipnotizas muy bien a tu amiga y ella, sin enterarse. ¿Cómo se sentirá cuando se entere de lo que haces con ella?

—No tiene por qué enterarse, no recordará nada de lo ocurrido.

—¿Tampoco recordará lo que pasó la otra vez que la hipnotizaste?

—Eres un cerdo.

—¿Yo? Ella te gusta, ¿verdad?

—Vete al diablo.

—No tan aprisa, hermanita, algún día me iré al infierno, pero todavía no, me queda mucha vida por delante y muchos triunfos y éxitos que conquistar.

—Te traje a Vanessa para que me dejaras a mí en paz. Ella es bonita e inteligente.

—Y quieres casarme con ella. ¿Para qué, para tenerla también cerca de ti y encontrar tus propias satisfacciones con la queridísima cuñadita?

—Te odio, Mario, me has obligado a odiarte.

—Con el tiempo, terminarás considerándome imprescindible para ti.

—Jamás me acostumbraré a ti.

—Yo te haré cambiar de opinión y tú no dirás nada a nadie, esto siempre será un secreto entre tú y yo.

—Quizás la revelación de este secreto te haga más daño a ti que a mí. Después de todo, yo era una menor cuando empezaste a saciar en mí tus bajos instintos.

—No discutamos más sobre lo que nos une a ti y a mí. ¿Sabes? Hasta he llegado a pensar en la posibilidad de casarme con Vanessa para que tú vivas con nosotros. Así, sin que tu amiguita se diera cuenta, podríamos ser algo felices tú y yo.

—¡Te odio, te odio!

Mario rio. Entró en la UCI secreta donde la madre de ambos yacía en coma profundo y cerró la puerta tras de sí.

—Ya discutiremos en otro momento. Esta noche tienes a Vanessa hipnotizada precisamente aquí y es la ocasión para saber la verdad.

—¿La verdad, qué verdad?

—Los Guaridor somos gente especial, ninguno de nosotros tiene piedad, cada uno de nosotros solo piensa en conseguir lo que le interesa, no importando cómo. Nuestra madre va a hablar ahora mismo.

—¿Ahora? Imposible. Papá ya lo ha intentado a través de Vanessa que tiene poderes y está hipnotizada.

—Papá es muy inteligente, pero no sabe tantas cosas como él cree. En el extranjero he conocido a gente muy rara. Que Vanessa no se mueva de dónde está. Lo que aquí suceda no ha de saberlo nadie salvo que yo mismo decida lo contrario.

—¿Y qué puede suceder? Papá no ha conseguido nada y Vanessa está agotada, podría enloquecer.

—¿Enloquecer, como la médium?

—Ahora comprendo su huida enloquecida, desnuda, sin pensar en los dóberman que la despedazaron. Después de papá, tú la utilizaste también para tus experimentos, ¿verdad?

—¿Qué te importa a ti? Obedéceme y junto a mí verás lo increíble.

Ante los ojos expectantes de la sometida Susi, de una caja de plástico Mario sacó un pequeño aparato por un extremo del cual salían largos hilos de color negro con puntas de electrodos adaptables a la piel humana, y por el otro lado, cables de color blanco.

Con la seguridad de un profesional acostumbrado a aquella tarea, Mario colocó los electrodos en la cabeza de su madre. El pequeño artilugio quedó sobre la mesita y los hilos contrarios los puso en la cabeza de Vanessa.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Susi.

—Si es hiperestésica, así todavía captará muchísimo más lo que pueda pasar por la mente de nuestra madre.

—Tampoco conseguirás nada. Mamá está muerta aunque papá se empeñe en conservarla así.

—Falta algo en lo que yo pensé pero en lo que no pensó papá...

De un armario bajo, el joven sacó una bolsa de plástico negro. Colocó una mesita con ruedas frente a Vanessa y de aquella bolsa extrajo una cabeza que era ya calavera y unas manos esqueléticas.

—¿Te acuerdas de Martin Way Benson, Susi?

—¿El inglés amigo de papá?

—Y de mamá. Murió extrañamente cerca de un pequeño pueblo y siempre he pensado que papá tuvo que ver en aquel accidente. El caso es que el inglés murió y quedó olvidado en un cementerio de pueblo.

—No me digas que fuiste a buscar su cabeza y sus manos...

Mario volvió a reírse, nervioso pero satisfecho de lo que creía una hazaña.

—Me ayudó Peter. Aquí está el inglés, que Vanessa lo mire y transmita su imagen a la mente de mamá.

—Todo esto es repugnante.

—¿Recuerdas que el inglés llevaba siempre unas gafas como estas?

Puso las gafas oscuras a la calavera, dándole un aspecto todavía más siniestro.

—No pareces un científico, alguien que pretende convertirse en un médico importante. Esto es como magia negra, necromancia, profanación de tumbas, de mentes.

—¿Profanación? Sí, así se puede nominar esta operación paracientífica a tres bandas: Un cadáver, una mujer en coma profundo y una joven hiperestésica hipnotizada.

—Esto es macabro.

—Cállate, o mejor, dile a Vanessa que mire al inglés, que lo mire bien e intente transmitir esta imagen mentalmente.

—Vanessa, mira, mira esa calavera con gafas —pidió Susi, dominada por su hermano.

Mario puso en marcha el pequeño aparato de intercomunicación bioeléctrica y observó que Vanessa tenía los ojos muy abiertos, clavados en la calavera que portaba gafas oscuras.

—Martin, Martin, Martín... —repetía Mario como una llamada, ahuecando la voz.

De pronto Laura, que tanto tiempo había permanecido inmóvil en aquella cama, comenzó a agitarse nerviosamente.

—¿Lo ves, Susi? Nuestra madre debe estar viendo al inglés...

—Te amo, Martin, te amo —comenzó a decir Vanessa con voz muy lenta—. Deja que muera, deja que muera para reunirme contigo.

Mario, excitado, exclamó:

—¡Vanessa está hablando como si fuera nuestra madre!

—No es posible —rebatió Susi—. Ella amaba a papá.

—La vida siempre tiene sorpresas, hermanita. Veremos qué más nos dice. Vanessa, Vanessa, ¿nos oyes?

—Sí.

—¿Quién eres, Vanessa o Laura?

—Laura —musitó, sin dejar de mirar la calavera del inglés.

—Mamá, dices que amabas a Martin. ¿Te acostabas con él?

—¡Cállate, Mario! —exigió Susi.

—Mamá, ¿te acostabas con él? —insistió el joven, implacable y despiadado.

—Sí. Susi, Susi, tú eres hija de Martin.

—¡Nooo! —gritó Susi, atónita.

—Lo sabía, lo sabía —repetía Mario satisfecho.

Susi fue hacia la calavera y la cogió entre sus manos. La elevó en el aire y su hermano le preguntó:

—¿Vas a destruir la calavera de tu padre?

—¡Aplástala! —ordenó tajante la voz del doctor Guaridor que acababa de aparecer en el umbral.

—¿Tú también lo sospechabas? —inquirió Mario volviéndose hacia su padre.

—No, pero en mi cuarto tengo un monitor de televisión por el que siempre veo lo que sucede en esta habitación.

Pesadamente, se acercó a la cama donde yacía Laura y de forma brusca, casi violenta, arrancó los tubos que mantenían con vida a su mujer.

Esta dejó de respirar, pero abrió los ojos y se lo quedó mirando mientras se le vidriaban.

—¡Aaaaah! —chilló Vanessa, aterrorizada, sin que nadie pudiera saber lo que pasaba por su mente.

—¿Qué hacéis, hijos de perra? —rugió Tony apareciendo de improviso en aquella UCI secreta y macabra. Se tambaleaba ligeramente, con sangre en el rostro.

—¿Y Peter? —gruñó el doctor Guaridor.

—Su matón está tendido en la sala, se me ha ido un poco el puño en su cara —dijo Tony.

—Pues, ahora se irá el mío —rugió Mario mientras Susi sostenía la tétrica calavera que parecía impregnada de una vida del más allá.

Mario y Tony se enzarzaron en una violenta pelea. Los aparatos fueron cayendo al suelo haciéndose pedazos, se produjeron chispazos y pequeñas llamaradas. Un golpe en la cabeza dio con Mario en el suelo. Jadeante, con dificultades para ponerse en pie, Tony preguntó mirando a Vanessa:

—¿Qué le habéis hecho?

—Nada, nada grave —dijo Susi—. Llévatela de aquí, cuando estéis en la calle despertará, es mejor que no recuerde nada, nada.

—Sí, quizás sea lo mejor —admitió Tony que acusaba los golpes en su rostro.

Susi quitó los electrodos de la cabeza de Vanessa y la ayudó a ponerse en pie. Sosteniendo la calavera de su padre, dijo a su amiga:

—Cuando llegues a la calle, Tony dará tres palmadas y tú no recordarás nada, nada porque todo ha sido un juego.

Tony asintió con la cabeza y se llevó a Vanessa. Pasaron junto al inconsciente Peter y salieron al jardín. Los dóberman ladraban furiosamente todavía encerrados en la perrera.

Cruzaron la verja y salieron a la calle, llovía más fuerte. No muy lejos, la furgoneta permanecía quieta contra la farola medio inclinada pero que aún iluminaba la acera y la calzada.

Tony miró a Vanessa y dio tres palmadas. La joven agitó la cabeza como saliendo de un mal sueño y preguntó:

—¿Qué pasa?

—Llueve.

Se escuchó un disparo lejano. Al día siguiente aparecería en los periódicos la noticia del suicidio del famoso doctor Guaridor que había renunciado a seguir manteniendo con vida a su esposa Laura.

FIN



SUCESOR DE LOS GRANDES MAESTROS DEL TERROR EDGAR ALLAN POE Y LOVECRAFT, ESCRITORES QUE JAMÁS CAERÁN EN EL OLVIDO AUNQUE SUS CUERPOS YA ESTÉN MÁS ALLÁ DE LA MUERTE. RALPH BARBY MANTIENE VIVO ESTE GÉNERO CLÁSICO E INMORTAL, PORQUE EL SER HUMANO SIEMPRE TENDRÁ MIEDO A LO QUE IGNORA, A ESOS SERES QUE QUEDAN AL MARGEN DE LAS DIMENSIONES CONOCIDAS.

AUTOR DE TÍTULOS ESTREMECEDORES, RALPH BARBY SEGUIRÁ PROPORCIONANDO A SUS LECTORES NUEVAS HISTORIAS A TRAVÉS DE ESTA COLECCIÓN ESCALOFRIOS DE TERROR, UNA EXCLUSIVA DE EDICIONES OLIMPIC S.L., PORQUE ESTREMECERNOS DE MIEDO ES UN PLACER QUE NOS HACE SENTIR MÁS VIVOS.

Ediciones Olimpic, S.L.
Apdº Correos 9428
08080 - Barcelona

P.V.P. 100 Pts